ANTONIO PASO y JOAQUÍN ABATI

El orgullo de Albacete

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS,
INSPIRADO EN UNA OBRA FRANCESA

300

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1914

EL ORGULLO DE ALBACETE

EL ORGULLO DE ALBACETE

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS

INSPIRADO EN UNA OBRA FRANCESA

POR

ANTONIO PASO y JOAQUÍN ABATI

Estrenado en el TEATRO DE LA COMEDIA el día 24 de Diciembre de 1913

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1914

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
FLORA	SRTA.	PÉREZ DE VARGAS.
CASILDA	SRA.	ALBA.
PAULA	SRTA	RIQUELME.
ESCOLÁSTICA	SRA.	MARTÍNEZ.
VALENTINA		SORIANO.
ENGRACIA	SRTA.	SEGURA.
LORENZA		GARCÉS.
SARA		HURTADO.
DESEADA	SRA.	CALVO.
UNA SEÑORA		MAGARIÑO.
CORREA	SR.	BONAFÉ.
FABIO		ZORRILLA.
GERARDO		GONZÁLEZ.
SEBASTIÁN		ROMEA.
PEPE		RASCHE.
CLAUDIO		INSÚA.
UN SEÑOR		CABA.
LEANDRO		FRESNO.
EL JUEZ		DEL VALLE.
UN GUARDIA		N. N.
OTRO IDEM, que no habla		N. N.

ADVERTENCIA

Aunque la Prensa madrileña, con rara unanimidad y haciéndonos justicia que no por sernos debida agradecemos menos, ha reconocido que el juguete en tres actos «El orgullo de Albacete», lejos de ser traducción servil de la comedia en cuatro, original de Pierre Weber, «Loute», constituye una producción distinta, que sólo ha conservado de su inspiradora las líneas generales, para que el lector pueda formar juicio exacto acerca de ello, publicamos á continuación una nota señalando las diferencias más esenciales existentes entre ambas obras.

Sin menoscabar al afirmarlo, el mérito indiscutible que como padre de la ingeniosa idea matriz corresponde al ilustre autor francés, creemos firmemente que «Loute» traducida ó aun someramente adaptada, habría sido ruidosamente rechazada por nuestro público, que por el contrario con tanto entusiasmo aplaudió la derivación que tuvimos el honor de someterle.

Paso y Abati.

ACTO PRIMERO

I. La acción de este acto no se desarrolla en *Loute* en un estudio de pintor, sino en una elegante *garçoniere*. Dupont (Gerardo) no es pintor, sino un simple particular.

II. Loute (Flora) es una descocada mujer de vida alegre, casada con un viajante de comercio á quien sólo ve en su pueblo natal (Vire) dos meses de cada año. Este viajante (Daburón) tiene ilícitas relaciones con una señora de Sevres, donde pasa el resto del año, sin que Loute lo sepa, como él tampoco sabe que ella vive en París con su *amigo* Dupont.

III. Loute, cuyo lenguaje y maneras son en toda la obra francesa de una libertad y crudeza intraducibles, explica sus desapariciones periódicas diciendo que va á visitar á su padre, un viejo militar retirado.

IV. Castillón (Correa) es un calavera elegante, tipo completamente opuesto en lenguaje y modales al presentado en el arreglo castellano.

V. No existen en *Loute* las escenas de los regalos á Gerardo por su santo, la de aparición de Correa durmiendo, la del desayuno del mismo, la del yatagán de Fabio (Francolín), ni todo el final de este acto; siendo, por lo tanto, nuevas la escena de las natillas y subsiguientes, las cuales han requerido dos personajes nuevos (Víctor y Actea).

ACTO SEGUNDO

VI. En este acto, cuya acción transcurre, como en el original, en una población de provincia, las diferencias del desarrollo del asunto nos han obligado á añadir dos personajes nuevos importantísimos (doña Escolástica y Engracia), suprimiendo, en cambio, los siguientes del original: Daburón (muy importante en *Loute*), el general Moreau-Chandonneur, madame Chevrel, madame Petit Bois, María y el niño Gustavo. No existen en la comedia francesa las escenas siguientes: la primera del acto entre Casilda y Escolástica; la de explicaciones entre Casilda y Correa; la del abrazo de Gerardo á Paula, cuando son sorprendidos por Casilda; la de explicaciones entre Flora y Correa, ni la de los abrazos entre Engracia y Correa.

VII. Así como en nuestro arreglo, los esposos Casilda y Correa están separados, no ignorando Casilda la vida licenciosa que su marido lleva en Madrid, y siendo esto fuente de escenas cómicas de recriminación; en *Loute*, por el contrario, los dos esposos (madame des Echauguettes y Castillón) se llevan muy bien, creyendo ella de buena fe que su esposo reside en Oriente (Túnez) dirigiendo una importante explotación agrígola, siendo de índole muy diversa las escenas cómicas á que esa creencia da lugar.

VIII. La intervención constante que en este acto tiene en *Loute* el personaje Daburón, suprimido de raíz en nuestro arreglo, modifica esencialmente casi todas las escenas. Daburón es primo de madame des Echauguettes, y por lo tanto, *Loute* resulta parienta de dicha señora. Durante el acto se

está celebrando un gran banquete, interviniendo en la acción los invitados. Hay en escena un piano mecánico, que se acciona oprimiendo una pera de goma, la cual, al quedar sobre un sofá, donde á su tiempo se sienta una persona, sirve para preparar en el acto siguiente un efecto cómico, reducido á atraer á los invitados, que sorprenden una escena de amor atrevidísima. El encuentro de Gerardo y Correa se promueve en *Loute* de otro modo, siendo también distinto el final del acto.

ACTO TERCERO

IX. Este acto es en nuestro juguete completameute nuevo. Los dos últimos actos de *Loute* no nos ofrecían elemento alguno que poder utilizar con fruto. Nuevos son los personajes don Leandro, doña Deseada, Lorenza. El Juez, doña Sara y el del acto anterio,r doña Escolástica. No existen en *Loute* la escena de los abrazos entre Correa y Lorenza; ni la de la nueva sorpresa de Casilda á Correa; ni la de Escolástica con Correa y Gerardo; ni la de los sordos y el despertador; ni las dos que á ésta siguen; ni las del Juez y su señora; ni la de salida de Fabio con el yatagán y huída de los demás personajes, ni la importantísima y decisiva de la confesión de Fabio y su arreglo con Flora. Se ha conservado tan sólo en este acto el episodio de la supuesta locura de Fabio, pero desarrollado de otro modo. El final de la obra es todo nuevo.

X. En el tercer acto francés, Loute, á quien ha convencido Castillón de que se vaya y no dé el escándalo que todos temen, al encontrarse con Dupont, obliga á su amante á beber champagne con ella. Ambos se emborrachan, se sientan en el sofá, suena el piano mecánico y al acudir los demás personajes, encuentran á Loute cantando, sentada sobre las rodillas de Dupont, produciéndose el consiguiente escándalo y ruptura de relaciones, puesto que Loute es casada y Dupont acaba de casarse. El centro de este acto lo ocupa principalmente el personaje Daburón, marido engañado y engañador al mismo tiempo.

ACTO CUARTO

XI. Nada hemos utilizado de él para *El orgullo de Albacete.* La acción ocurre en Sevres, en una equívoca fonda ó casa de refugio de mujeres divorciadas ó en instancia de divorcio. Los dos matrimonios se han separado y pedido el divorcio. La dueña de la casa es principalmente madame Marchaisón, la amante de Daburón, marido de Loute. Esta se ha

hospedado en dicha casa, y á ella van también las Echauguettes, madre é hija. Después de una serie de peripecias incontables por su naturalismo descarnado, Loute, arrepentida, promueve la reconciliación de Dupont con su mujer. Madame des Echauguettes y Castillón también se arreglan, quedado sólo burlada madame Marchaisón, que creía soltero á Dabursón.

En resumen: *nueve* personajes nuevos originales. Plan de la obra esencialmente distinto y absolutamente nuevo, y propio todo el diálogo. Este es el trabajo que han realizado en *El orgullo de Albacete*

Los arregladores.



ACTO PRIMERO

Al levantarse el telón la escena aparece casi completamente á oscuras. La puerta primera derecha del actor se abre y aparece Pepe y el señor Claudio. Pepe lleva una fuente de natillas con bizcochos y Claudio un artístico ramillete y un ramo de flores. Al correr Pepe las cortinas se ilumina la escena, del ventanal del foro. Una vez iluminada la escena representa un estudio de pintor con muebles adecuados, caballetes, cuadros, bustos, estatuitas, bronces, armas, etcétera. Un gran diván en el foro derecha. Sobre él una piel de tigre ú otro animal cualquiera, túnicas antiguas, cascos, formando todo ello un montón informe. Ventanal grande en el foro, cubierta con cortinas. Una puerta á la derecha y dos en los términos de la izquierda, todo del actor. Mesa, velador, sillas, etc. Es de día. En general el estudio, sin ser lujoso, está amueblado con algún confort.

ESCENA PRIMERA

PEPE y el SEÑOR CLAUDIO

Pepe (Entrando.) Espere usted, señor Claudio, que voy á descorrer las cortinas no vaya usted á tropezar. (Deja la fuente sobre el velador y abre todo lo indicado.)

Clau. (Acento gallego.) Comu siempre tiene el señoritu tantos artefectus diseminadus, la verdad... no me atrevu á andar nun sea que vaya á diseminar el ramillete y...

Pepe (Que ha abierto.) ¡Ajajá! Ya puede usted pasar sin miedo. (Claudio pasa.) Ponga el ramillete

encima del velador y el ramo colóquelo en aquel búcaro.

Clau. ¿En dónde dices?

Pepe En el búcaro.

Clau. Camelitus no, ¿eh?... porque si yo te empiezu á hablar en mi lengua nativa te vuelvu loco.

Pepe Pero, señor Claudio, ¡si búcaro es ese jarrón ó florero... ó como usted quiera llamarle! (Indicando un florero que habrá sobre un bargueño.)

Clau. Yo le llamu como debe llamársele. Utensiliu.

Pepe Pues pregúnteselo usted al señorito y verá cómo le dice que eso es un búcaro.

Clau. Sí, sí, buenu es el señuritu de guasón. El otro día me dijo que el sombreritu ese de hoja de lata era el yerno de un tal Mambrinu.

Pepe El yelmo, hombre, el yelmo. (Indicando varios objetos.) Y aquello un almete, y eso una cimitarra...

Clau. ¡El diablu que te entienda á ti y á tu señuritu! (Fijándose en un lienzo que hay en un caballete.) ¡Returtillu! ¡Qué bien está aquí la señurita Flora!

Pepe Ahí donde la ve usted está de Gioconda.

Clau. Te he dichu que no me des camelus, ¿eh?

Pepe Ah, ¿tampoco lo cree usted? Pues está de Gioconda.

Clau. Lo que está es despipurrante, ¡cuidao que la saca bien!

Pepe Como que Flora es la musa de mi señorito. Y su mejor modelo.

Clau. Buenu. Ahí tienes el correu. Dos cartas y la mar de tarjetas. ¡Ya se conoce que es su santo!

Pepe Para él todos los días son santo.

Clau. ¡Buena vidita se pega, Returtillu! No hay noche que no la pase de juerga.

Pepe Todos los artistas son noctámbulos.

Clau. (Mirándole agresivamente.) ¡Y van tres!... el cuartu se lo largas al loco ese del sotabanco, porque yo me voy á mi portería.

Pepe A propósito de loco. ¿Usted sabe si el administrador ha recibido la queja de los vecinos?

Clau. Yo mismu se la entregué.

Pepe ¿Y qué? ¿Le echan ó no le echan?

Clau. Creo que hoy mismo iba á tomar una determinación.

Pepe Ya era hora. Porque ese tío el mejor día se escapa, y no le quiero decir á usted nada... creo que es agresivo.

Clau. No. Agresivu con los cacharrus. Le da por romper todu lo que pilla á manu. Platus, vasus... (Se escucha dentro un gran estrépito de vajilla que cae,) ¿Eh?... ya está... pero esu le calma en seguida.

Pepe Lo que hace falta es que le encierren, porque en un descuido se cuela en cualquier piso, y van á tener que guisar en la palangana.

Clau. Todu se andará. Vaya, que los tenga muy felices el señuritu, y si necesita algu, ya sabe donde estoy

Pepe Y yo voy á llamarle, que son las once y media.

Clau. Hasta luegu. (Mutis derecha del actor.)

ESCENA II

PEPE. Después GERARDO, por la segunda izquierda del actor

Pepe (Acercándose á la puerta segunda izquierda y llamando.) Señorito... señorito...

Ger. (Desde dentro.) ¿Qué hay? Ya me estoy vistiendo.

Pepe Las once y media.

Ger. (Desde dentro.) ¿Pero, animal, no te dije que me llamaras á las diez?

Pepe Y le llamé, pero me tiró el señorito una bota á la cabeza y...

Ger. Haber repetido.

Pepe Si repetí.

Ger. ¿Y qué?

Pepe Que el señorito también repitió, y me dió en un ojo.

Ger. Pues me alegro. ¿Ha venido Flora?

Pepe Aun no.

Ger. ¿Y el sinvergüenza de Correa?

Pepe Tampoco. Hasta ahora no ha venido más

que una fuente de natillas, un ramillete, un bouquet, dos cartas é infinidad de tarjetas.

Ger. (Saliendo vestido con un batín de mañana, pantalón, babuchas y camisa de dormir.) Natillas, flores... no empieza mal el día. A ver. Dame el correo. (Va mirando las tarjetas y leyendo.) «Charito»... «Julia»... «Rosa la Morena»... (Abriendo una carta.) ¡Hombre!... una carta de mi primo Fabio... (Leyendo.) «Querido Gerardo: Tengo que pedirte un favor importante. Como sé que no eres gran madrugador, en lo cual haces mal porque el tiempo es oro... —como siempre—iré á levantarte á las doce en punto. Espérame.—Tu primo, Fabio.» ¿Que me querrá?

Pepe Como está para casarse puede que...

Ger. Tienes razón. Querrá que sea su padrino, ó testigo... ¡qué suerte la de ese imbécil. Un profesor de matemáticas ya talludito... un hombre que ha pasado su juventud con que A más B multiplicado por C es igual á P R... un hombre, en fin, árido, seco, prosaico, casarse con una muchacha tan angelical, tan simpática...

Pepe Y con mucho dinero.

Ger. ¡Ya lo creo! Una boda así me ponía á mí en casa.

Pepe ¡Casarse el señorito!

Ger. Sí, casarme. ¿Qué? ¿Te parece mal?

Pepe Pero... ¿y la señorita Flora?

Ger. Tienes razón. Flora es el muro que me rodea, la garra que me aprisiona .. y, sin embargo, si tú conocieses á Paulita, la prometida de mi primo... ¡Qué ingenuidad, qué inteligencia!... Ha hecho mal mi primo en presentármela, porque yo que nunca he sentido envidia de la dicha ajena, esta vez...

Pepe Si no mediase la señorita Flora...

Ger. Y aun mediando... y no creas que Paulita me encuentra antipático... es más, he notado que le soy en extremo agradable... en fin, acabemos con el correo. (Abre otra carta y lee.) «Señor don Gerardo Pérez del Pulgar. Distínguido amigo: Tengo que hablar con usted urgentemente. Como sé que no es usted gran madrugador...—¡por lo visto lo sabe todo el

mundo!—me tomaré la libertad de visitarle de doce á doce y cuarto, hora en que creo podrá usted recibirme. Suya afectísima, Casilda Izquierdo.» ¡Demonio! ¡La madre de Paulita en mi casa!... Y quizá venga la hija también... Mira tú... me alegro no haber faltado anoche á dormir en casa.

Pepe Si llega á ser anteayer...

Ger. Te advierto que he venido de milagro... mejor dicho que me han traído, porque yo no me he dado cuenta hasta que te tiré la bota... se empeñaron los amigos en celebrar mi santo... primero ostras con Sauternes, después Champagne... Jerez... Cognac... luego ese cínico de Correa, que en oliendo una juerga no hay medio de quitárselo de encima... ¡qué hombre!... Es mi pesadilla... mi ángel malo... Si viene, le dices que no estoy... que me he ido á Buenos Aires.. ó á Rusia... (Se siente roncar fuerte en el diván.) ¿Eh?... ¿quién ronca aquí?

Pepe No sé. (Nuevos ronquidos.)

Ger. (Mirando á todas partes.) Sí, no me cabe duda. Aquí hay alguien durmiendo, ¿A ver? (Se dirige al diván y aparta las túnicas, la piel, etc., etc. Aparece debajo Correa.) ¡Correa!...

Pepe ¿Por lo visto ha venido con usted?

Ger. ¿Qué sé yo? Este hombre es el Comendador... surge de un muro... de una mesilla de noche...

ESCENA III

DICHOS y CORREA

Correa (Soñando alto.) Be... ba... mos... la vida... es espuma... Can... te... mos nuestro amor en voz baja...

Ger. Sueña en voz alta... (Le quita la ropa.)

Correa (Soñando y cantando.) Tápame, tápame, tápame... tápame, tápame, que tengo frío.

Ger. Bueno; yo tengo que echar de aquí á este tipo antes de que venga la señora de Izquierdo y su hija. ¿Qué dirán si ven aquí á este mamarracho diciendo sandeces?

Correa	(Soñando.) ¡Vino... más vino!
Ger.	(A Pepe.) Agua, dame un vaso de agua.
Pepe	¿Qué va usted á hacer?
Ger.	A despertarle, y como seguramente después de una noche de borrachera lo primero que pedirá es un vaso de agua, me voy á adelantar á sus deseos.
Pepe	No es mala idea. (Vá por el vaso y se le da á Gerardo.)
Correa	(Soñando.) Que llueva el dorado Jerez, que llueva el burbujeante Champagne, que llueva...
Ger.	(Simulando echarle encima el vaso de agua.) ¡A chaparrones! (Correa al recibir el remojón se estremece, se incorpora quedando sentado en el diván y mira como atontado á todas partes, se da cuenta de que está mojado y dice.)
Correa	¡Caray! Si llego á saber que en el estudio había goteras, me acuesto con impermeable. ¡Atchís! (Estornuda)
Ger.	(Burlón.) Sí, querido Correa, se ha metido la mañana en agua.
Correa	La noche en vino... la mañana en agua... todo esto arroja un líquido á favor del día de hoy, fiesta onomástica del Velázquez del siglo XX.
Ger.	Ah, ¿pero es que crees que todavía voy á seguir celebrando mi santo?
Correa	¡Natural, querido Gerardillo! Lo de anoche no fué más que una ligera pincelada.
Ger.	Pues te equivocas.
Correa	¿Pero cómo? ¿Vas á dejar pasar pedestremente una efeméride que...
Ger.	Mira, Correa, suprime la oratoria y déjame. Necesito estar solo.
Correa	¿Que te deje? Dejar yo á un amigo...
Ger.	Pero si es que yo no soy amigo tuyo.
Correa	Hace cinco años que me repites la misma invectiva, y sin embargo no puedes pasarte sin mí.
Ger.	Correa, ¡te odio!
Correa	¡Admirable! con el odio es con lo que se fabrican las amistades eternas.
Ger.	Bueno. No filosofes. Arréglate y vete.
Correa	¿Es que me echas?
Ger.	Te echo.

Correea Está bien, me iré; pero no será sin...

Ger. ¿Sin qué?

Correa Sin desayunarme antes. ¿Qué menos puedes hacer por el que anoche te trajo en brazos hasta el mullido lecho donde supongo habrás despertado?

Ger. Ah, ¿pero fuiste tú?

Correa Sí, yo. Yo que te arranqué de allí cuando la orgía tomaba caracteres neronescos. Ya te contaré, porque tú de seguro que no te acuerdas de nada. (A Pepe.) Oye, tú, llégate al café de la esquina y que me suban uno con una, ¿sabes?... el uno mitad y mitad, y la una de arriba y pródiga en manteca.

Pepe Bien, señor Correa.

Ger. Bueno; pero en cuanto te lo tomes te marchas, ¿verdad?

Correa Mojar la última parcela de la tostada y caer en la vía pública. Ya me conoces.

Pepe (A Correa.) ¿Me da usted el dinero?

Correa ¿El dinero?... Ah, sí... toma... (Pepe alarga la mano.) toma del bolsillo de tu señorito una peseta, das quince de propi y lo que sobre para ti.

Ger. Anda, hombre, avísalo y cuando recojan el servicio se pagará.

(Pepe hace mutis por la derecha.)

ESCENA IV

GERARDO y CORREA

Correa (Sacando un librillo de papel de fumar y escurriéndose el forro de los bolsillos para hacer un pitillo.) Bueno, querido Gerardín, supongo que estas natillas y este ramillete tendrán un acto de galantería para conmigo.

Ger. Pues supones mal. Esas natillas y ese ramillete son unos groseros.

Correa Chico, no te conozco.

Ger. Quien no te conoce á ti soy yo. Ni sé quién eres, ni quién has sido, ni de dónde procedes .. y vamos, ¿quieres que te diga lo que me figuro de ti? Pues que eres un pulpo...

Correa ¡Gerardo!

Ger. Un pulpo que me ha cogido entre sus tentáculos y del que no veo forma de desasirme.

Correa Gerardo, hay comparaciones por muy marítimas que sean, que ofenden. Yo soy un amigo leal tuyo, un pregonero de tu fama, la escalera por donde trepas al pináculo. Te he servido de modelo desinteresadamente. Necesitaste una cabeza para tu célebre cuadro «Judith Vengadora», y yo te serví de cabeza. Buscaste un Cisneros para tu «Triunfo de la Fe» y hay que ver el Cardenal que te hice. Necesitaste un «Cortés» para la Conquista de Méjico, y no pude ser más Cortés contigo... Yo he cegado á las mujeres con los espejuelos de tu talento, te he engrandecido á los ojos de todas ellas, y ya sabes el resultado... había días que la puerta del estudio parecía una oficina recaudatoria de cédulas personales, ¡cola hasta la esquina! Ahora que era una cola femenina, una cola que une, pero sin pegar.

Ger. ¡Calla, Mefistófeles, calla!... Yo era en otro tiempo un hombre ordenado. Gozaba de mi vida tranquila, amaba el trabajo, te conocí un mal día y todo cambió. Fuiste mi profesor de orgías, me obligaste á trasnochar, á beber...

Correa A divertirte, en una palabra...

Ger. A perderme. Tú me presentaste á Flora.

Correa ¿Y me lo reprochas? ¡Ingrato! en otro tiempo no amabas, y hoy gracias á mí...

Ger. No lo dirás por Flora.

Correa Gerardo, no blasfemes. Flora es una muchacha ideal, que te adora con delirio. Y tú también la quieres.

Ger. ¡Pst!... ¿qué se yo?

Correa ¿Cómo? ¿Acaso te has hastiado ya de Flora?

Ger. No sé... pero siempre la misma vida... esta vida bohemia, sin reposo...

Correa ¡Ay... malo, malo... tu sientes la nostalgia del matrimonio... estás perdido!

Ger. ¿Y aunque la sintiera, qué? ¿O crees que voy á morir solterón como tú?

Correa ¡Casarte tú!... ¡Hasta dónde descienden los hombres!

Ger. Sin ir más lejos, ahí tienes á mi primo Fabio que va á contraer matrimonio. Y si conociera á la chica que se lleva... ¡Un encanto!

Correa Bueno; pero tú. . de casarte.. sería con Flora, ¿eh?

Ger. No sé, no sé... te aseguro que cada vez estoy más indeciso... más aburrido... hasta el trabajo que antes era mi mayor distracción, ahora me cansa...

ESCENA V

DICHOS y PEPE

Pepe (Entrando con el café.) El café.

Correa Trae, trae aquí. (Pepe deja el café sobre el velador y se va.)

Ger. En fin, te digo que estoy desesperado.

Correa (Que se ha sentado ante el velador, y se dispone á servirse café.) Pues chico, haz lo que yo. Voluntad... fuerza de voluntad... ¿que no sientes ganas de trabajar? ¡Pues se trabaja á la fuerza! Todo es hasta ponerse. (Se pone leche y café en el vaso.) ¿Quieres un chupito?

Ger. No, gracias.

ESCENA VI

DICHOS; FLORA por la derecha. Viste un elegante traje de mañana. Trae en la mano un ramo de flores

Flora (Desde la puerta.) ¿Se puede saludar al señor de los días?

Correa ¡Caramba, Flora! (Se levanta y saluda.)

Flora (Entrando.) Buenos días, Correa.

Correa Mira, llegas á tiempo para saborear del moka. ¿Qué? ¿Hace?

Flora Bueno, tomaré un sorbito, así como así no me he desayunado...

Correa ¿Un sorbo? ¡Quiá! Un vaso. Este no quiere y hay de sobra para un dúo. Ahí va.

Flora Bueno, y tú, ¿dónde vas á beber?

Ger. Ahí tiene copas...

Correa ¡Ca, hombre... no molestarse... yo lo tomo á estilo de cochero! (Bebe por el pitorro de la cafetera.)

Flora ¡Uy, qué cochino!

Ger. ¡Correa, no seas sucio!...

Correa Vosotros podeis decir lo que os dé la gana, pero el café en pitorro... ¿qué sé yo?... le encuentro un aroma especial... me sabe más á café.

Flora (Entregando el ramo á Gerardo.) Mi recuerdo.

Ger. Mujer, ¿para qué te has molestado?

Flora ¿Y qué? ¿Has tenido muchos regalos?

Ger. Hasta ahora, los que ves ahí, y una caja de cigarros puros del dueño de la tienda pe cuadros de !a calle de Alcalá. Ahí dentro al tengo, en la mesilla de noche.

Correa ¿Pero cómo? ¿Has re ibido una caja de puros y no me has dicho nada?

Ger. (Irónico.) ¡Es verdad!.. ¡chico, perdona!... Pues sí. La he recibido.

Correa ¿Cazadores? ¿Carunchos? ¿Brevas?...

Ger. Aguilas.

Correa ¡Majestroso! Ese tío tiene un concepto elevadísimo de ti.

Flora El que se merece.

Correa Supongo que esas reinas de los aires tendrán un acto de galantería para conmigo...

Flora ¡Pero este Correa siempre el mismo!

Correa Siempre, chica.

Flora Ya no te contentas con comer á costa de los demás, sino que hasta los vicios han de mantenerte.

Correa Bueno, si le llamais vicio á eso... total, dos chupadas, humo que se desvanece... ceniza que se esparce ..

Ger. Y puro que te fumas.

Flora ¿Pero tú no has pensado nunca en variar de vida? ¿No has sentido alguna vez ganas de trabajar?

Correa ¿Ganas de traabajar?... ¡Vaya!... algunas veces las siento, pero me las aguanto. Tengo una voluntad de hierro. ¡Lo que se dice un carácter!

Flora Pues hijo, yo, hoy por hoy, no puedo obsequiarte más que con esas flores.

Ger. (*Galante.*) Que para mí valen más que nada.

Correa Es una atención delicadisima. Tu novia amorosa, tu modelo predilecto, te ofrenda una flor... con tu permiso voy á desgajar este clavel y á colocármelo en el ojal del chaquet... esto viste, ¿sabes?... le pasa lo contrario que al chaquet, (*Si el actor encuentra más cómico un levitin, dirá levitín etc. etc.; la prenda que se ponga.*) porque el chaquet no viste .. no viste cosa más deteriorada... estos tonos negros en cuanto se usan un par de años, pasan del negro al pardo que es una vergüenza.

Flora Ese por lo visto ya está en el pardo...

Correa ¡Mucho más lejos!... fíjate. ¿Y qué? ¿Almorzaremos todos juntos, no?

Flora Imposible. Hoy me marcho de viaje.

Ger. Es verdad... Ha llegado la época en que todos los años desapareces de Madrid. Había olvidado el misterio de tu vida.

Flora ¿Misterio?.. bueno... misterio para todos, es cierto... para ti no lo sería, si no temiese una indiscreción... en un momento de esos en que corre el Champagne...

Correa ¡Y que este tiene un vino más pesado!...

Flora Pero ese misterio, pronto dejará de serlo, y entonces... (*Con coquetería.*) entonces ya hablaremos, señor pintor.

Ger. ¿Hablar? ¿De qué?

Flora ¿De qué ha de ser? De lo que tantas veces me has prometido.

Correa Ah, vamos, de... (*Haciendo ademán de echar las bendiciones.*)

Flora Sí, de eso... de lo que está obligado... de lo que yo no le exijo hasta que pueda darle dos alegrías; la alegría de ser su mujer, y la de... pero me iba á descubrir y me he jurado ser una tumba.

Correa ¿De manera que ahora tres mesecitos de ausencia?

Flora Que á mí se me figurarán tres siglos lejos de Gerardo. Sobre todo sabiendo que se queda contigo... con el demonio.

Ger. No, por Dios, esta vez te aseguro que me quedo solo.

Correa ¿Por qué no te vas á las Ermitas de Córdoba?

Ger. ¡Con tal de perderte de vista, al infierno me iría yo!

Correa Egoísta.

Flora Bueno, yo tengo que hacer unos encargos (A Gerardo.) ¿Quieres acompañarme? Luego podemos dar una vuelta hasta la hora del tren.

Ger. En lo segundo conforme, pero lo primero me es imposible. Estoy esperando á mi primo Fabio que me ha citado... se casa, ¿sabes?... se casa con una chica muy mo...

Correa (Sacándole del apuro.) Muy morena... muy morena... casi tirando á mulata.

Ger. Eso. Y apropósito, el tiempo corre y yo estoy sin vestir, como vosotros sois de confianza... voy á...

Correa Sí, hombre, anda. Y no dejes de coger un buen puñado de águilas... que se note que es tu santo.

Ger. Si supiera que fallecías fumándote todas, te daba la caja.

Correa Prueba á ver, yo he notado que me hacen daño... ya sabes que el águila tiene garras...

Ger. Pero no como las tuyas Salgo en seguida. (Vase por segunda izquierda.)

ESCENA VII

FLORA y CORREA

Correa Oye, Flora, ¿por qué no me descubres á mí ese secreto impenetrable?

Flora ¿A ti?

Correa Ah, ¿tú crees que yo no sé guardar una confidencia? Pues estás equivocada... Para estas cosas soy un sobre monedero.

Flora Hasta que te emborrachas. El último día que cenamos en Parisiana, te bebiste al final una botella de Curasao, y te dió por decir que eras casado.

Correa (Alarmado.) ¿Yo?... ¿casado yo?... bueno, eso debió ser el cura... el curasao que despertaría en mí ideas matrimoniales.

Flora No me lo jures. ¡Pobre de la mujer que te tuviera por marido!

Correa Exageras. No nos tiraríamos los platos á la cabeza. (Ruído de vajilla que se rompe, como anteriormente.)

Flora ¡Anda!... ¡ya está el loco!... ¡qué vecindad!... á mí me da un miedo...

Correa Tiene manía persecutoria de la cerámica... conque cuéntame la causa de tus desapariciones trimestrales y misteriosas.

Flora No te canses. De contarla, se la contaría á Gerardo. Y eso que á Gerardo... (Con desaliento.) no sé que le encuentro de algún tiempo á esta parte. ¡Está tan frío conmigo!...

Correa Figuraciones tuyas.

Flora ¿No he sido buena con él?

Correa Buenísima.

Flora ¿Y fiel?

Correa Fielísima.

Flora ¿Y tú crees que me cumplirá su palabra de casarse conmigo?

Correa Yo creo que debes recordársela cada cuarto de hora, porque estas cosas... á lo mejor viene otra y se le lleva.

Flora (Indignada.) ¿Qué dices, estúpido? ¿Casarse con otra?... ¿Gerardo con otra?... ¿es que sabes algo?..

Correa Calma, mujer, calma.. es una hipótesis... una hipótesis que se me ha ocurrido.. y además... que si Gerardo te dejase... (Contoneándose y coqueteando.) no faltaría quien... aquí me tienes á mí... es otra hipótesis... (Mirándose la ropa.) Claro que así no tengo vista... pero me compras un buen chaquet... es otra hipótesis... y...

Flora No digas tontunas... Gerardo se casará conmigo. Es mío, ¿lo oyes? Es para mí. Y si intentara dejarme .. ¡pobre de él!...

ESCENA VIII

DICHOS; PEPE seguido de FABIO por la derecha. Fabio trae un yatagán envuelto en un periódico

Pepe Pase usted. El señorito le espera.
(Entra Fabio. Es un hombre de aspecto muy serio y vestido de un modo severo.)

Fabio Muchas gracias. (Vase Pepe. Fabio avanza hacia los otros personajes.) Muy buenos días.

Flora Muy buenos

Fabio (Dirigiéndose á Flora.) ¿Tengo el gusto tal vez de hablar con el ama de la casa?

Correa Más aún.

Fabio Ah, vamos, comprendo. La señora es el ama del amo de la casa.

Correa Es usted la perspicacia en forma de visita.

Fabio Perdone usted. Yo soy Fabio Castañeda, profesor de Ciencias Exactas, y primo de don Gerardo.

Flora Ah, ¿usted es el que va á casarse?

Fabio Ah, ¿pero le ha dicho?...

Flora Naturalmente. Conmigo no tiene secretos.

Correa Vaya con don Fabio, ¿conque de Himeneo, eh?...

Fabio De Himeneo.

Correa A uncirse, ¿eh?

Fabio A uncirme. Qué... ¿le parece á usted mal? ¿Es usted enemigo del matrimonio?

Correa El matrimonio, y puesto que hablo con un profesor de Matemáticas me voy á permitir cierto tecnicismo, el matrimonio, mi querido don Fabio, es una incógnita. La mujer una vez casada es un número que no puede ser divisible por dos, salvo el caso de que el marido resulte un número primo. También puede serlo, si el marido resulta un quebrado, en cuyo caso el número ese que representa la mujer, pasa á ser lo que se llama en Gramática, común de dos. Ahora bien, problema.

Fabio Yo se lo resolveré. El marido que es un número entero, al oir ciertas comparaciones, debe extraerle la raíz al que las hace, ó en último caso elevarle al cubo y dejarle caer.

Correa Caramba, mi querido profesor... no creí yo que una ligera metáfora numérica pudiera herir sus sentimientos nupciales.

Flora Es que por meterte en todo, te metes hasta en las matemáticas.

ESCENA IX

DICHOS; GERARDO, ya vestido

Ger. (Saliendo.) Querido Fabio. (Se abrazan.) Voy á presentarte... La señorita Flora, mi mejor modelo... mi primo Fabio... Don Simón Correa...

Correa Su amigo del alma... el *fac totum*, ó *casi totum* de esta casa.

Flora Bueno. Yo me retiro. Mientras hablas con tu primo hago yo unas compras, y cuando termine, vendré á recogerte para que me acompañes hasta el coche que me ha de conducir á la Estación, como otras veces... Solo hasta el coche, ¿eh? Has de ignorar el punto de mi destino.

Ger. Convenido. Pero llevate á Correa.

Correa Basta. Un deseo tuyo es para mí un mandato. Yo la acompañaré. Oye, ¿te acordaste del Aguila?...

Ger. (Desesperado.) ¡Sí, hombre, sí, toma! (Le da un puro.)

Correa (Tomándolo.) ¡Salve, distinguida ave de rapiña! Dentro de poco parecerás en mis labios un humilde vencejo. (Saludando á Fabio.) Muy suyo... eminentemente suyo.

Flora Caballero. (Saluda.)

Fabio A los pies de usted. (Vanse Flora y Correa por la derecha.)

ESCENA X

FABIO y GERARDO

Ger. (Indicando á Fabio que tome asiento y sentándose él.) Bueno, pues tú dirás. Toma asiento y empieza por decirme qué es eso tan largo que llevas ahí.

Fabio Míralo y felicítame. (Desenvuelve el paquete y saca un yatagán soberbio.)

Ger. Ah, vamos, tu eterna chifladura: las armas antiguas. Olvidaba que eras coleccionista

furibundo. (Examinando el arma.) Caramba, ¿sabes que es un ejemplar magnífico? ¿Y dónde has encontrado este yatagán?

Fabio En casa de Muñoz, el anticuario.

Ger. Pues te habrá costado...

Fabio Mil pesetas, que le pagaré á plazos. Ahora lo que quisiera encontrar es la pareja... Por otro igual pagaría lo que me pidiesen. Pero Muñoz dice que es dificilísimo.

Ger. Y tiene razón.

Fabio Si tú que frecuentas los estudios de tus colegas me encontraras la pareja... te lo agradeceré.

Ger. Sí, hombre, te avisaría; pero lo dudo. Me parece que tu yatagán se quedará soltero. (Se lo devuelve y Fabio lo envuelve de nuevo.) Y á propósito de soltería, supongo que el favor de que me hablabas en tu carta se referirá á tu próximo...

Fabio Matrimonio. Lo has adivinado.

Ger. Pues aquí me tienes dispuesto á ser padrino, testigo, monaguillo... lo que quieras... Pero ante todo recibe mi más completa enhorabuena. Te casas con una muchacha incomparable.

Fabio ¿Que me caso, eh? Pues no señor! La boda está casi deshecha.

Ger. (Con alegría mal contenida.) ¿De veras?... ¿Pero cómo?...

Fabio Figúrate que desde que mi novia y su madre llegaron á Madrid á encargar, como sa bes, el *trousseau*, yo me he esmerado por hacerlas agradable su estancia en la urbe española. Las he llevado á las conferencias del Ateneo, las he llevado... al Museo Naval... Han visto Caballerizas... el Matadero... la Plataforma de la Risa... una sesión del Congreso en plena discusión de Presupuestos... en fin...

Ger. Sí, lo más divertido de Madrid.

Fabio Así lo creía yo. Pero precisamente ayer se me quejaron las dos, madre é hija, de que se aburrían enormemente, ¿y qué dirás que me suplicaron?

Ger. ¿Qué sé yo?

Fabio Que las llevase al baile de la Zarzuela. ¿Tú

concibes eso? ¡Un hombre de ciencia como yo, marcándose un tuesten con su prometida!... ¿Ves lo disparatado de la petición?

Ger. Hombre... te diré...

Fabio No, tú no me digas nada. Soy yo el que digo, mejor dicho, el que dije que eso era una locura, un absurdo, y en su lugar las propuse llevarlas á un partido de pelota, ó en su defecto al Museo Arqueológico, ¿y sabes lo que me contestaron?, que si les daba palabra de quedarme allí catalogado como curiosidad no tenían inconveniente. Bueno... ¡ya me conoces!... yo soy hombre que aguanta pocas reticencias, y la verdad, me desbordé; mi futura suegra se desbordó también, mi otra futura, ídem de ídem; en resumen, que nos pusimos como hoja de perejil, y lo que es lógico, vino la ruptura.

Ger. Me dejas asombrado.

Fabio Yo no quería volver á verlas; pero después lo he pensado mejor, y la verdad, no me conviene quedar así. La muchacha es rica, el padre, á quien no conozco, tiene grandes negocios en Canarias, donde se pasa, según dicen, buena parte del año, y á veces todo; la madre tampoco está descalza, y he aquí por qué vengo á molestarte.

Ger. No comprendo.

Fabio Muy sencillo. Deseo de ti que me arregles el asunto.

Ger. ¿Que te arregle?... ¿pero cómo?... ¿con qué títulos?

Fabio A ti te aprecian mucho. Están encantadas de tu trato. Tienes todas las malas cualidades que agradan á las mujeres. Eres artista, un poco bohemio, algo tarambana, derrochas lo que ganas... Además posees un apellido ilustre... Pérez del Pulgar... Mi suegra está entusiasmada con tu Pulgar, ¡Las veces que me ha obligado á explicar la que un ascendiente tuyo venció á Boabdil el Chico... En fin, que si defiendes mi causa, puedo darla por ganada.

Ger. Chico... yo lo haría con mucho gusto, pero... es tan delicado... Preferiría que buscases otro.

Fabio Tú eres el único pariente que tengo en Madrid. Ellas no se han tratado con nadie más que contigo... ¡Vamos, Gerardo, no me dejes indefenso!

Ger. Bueno... está bien... defenderé tu causa.

Fabio ¿Con calor?

Ger. Con apasionamiento.

Fabio Entonces estoy salvado. Con un abogado como tú, no habrá sentencia condenatoria.

ESCENA XI

DICHOS. PEPE por la derecha

Pepe Señorito.

Ger. ¿Qué hay?

Pepe Doña Casilda Izquierdo y la señorita Paula desean ver al señor.

Ger. Es verdad... Olvidé indicarte que me habían anunciado su visita. Vendrán á contarme lo ocurrido. Que pasen, ¿te parece?

Fabio Sí. ¿Por qué no? Ahora que... puesto que ellas dan el primer paso, no me conviene que extremes las excusas... no nos rebajemos demasiado, ¿sabes?... muéstrate caluroso, pero con cierta frialdad.

Ger. Descuida. Seré un Meternich. Tú no hables una palabra.

ESCENA XII

DICHOS, CASILDA por la derecha. En seguida PAULITA

Cas. Buenos días, amigo Gerardo. (Viendo á Fabio.) Ah... Ignoraba que estuviese aquí este caballero ..

Ger. Mi primo ha venido á contarme el incidente ocurrido entre ustedes ayer... Pero si usted desea que se vaya...

Cas. No tengo interés en ello... me es igual...

Ger. ¿Pero y Paulita?

Cas. Ahí fuera se ha quedado...

Ger. Que pase...

Cas. (Deteniéndole.) Un momento... ¿no tendrá us-

ted en el estudio algún cuadro... alguna estatua... demasiado... vamos... como para tomar baños?...

Ger. Caramba, señora.. yo no sé... acaso este Apolo... (Indicando una pequeña figura.)

Cas. ¿A ver? (La examina.) ¡Cómo estaban formados los hombres antiguos!...

Ger. Si á usted le parece que le tapemos...

Cas. Indispensable. Cuando entra una señorita, Apolo debe cubrirse. (Gerardo saca su pañuelo, que ata al cuello de Apolo, cubriéndole totalmente.) También aquel cuadro... Distingo ciertas musculaturas...

Ger. Le volveremos. (Vuelve un cuadro que representa un desnudo.) Ahora ya puede pasar.

Cas. (Llamando á la derecha.) ¡Paulita!

Paula (Saliendo.) ¿Se puede?

Ger. Adelante, señorita, adelante.

Paula Anda, ¿está aquí don Fabio? (Se saludan con una inclinación de cabeza.)

Ger. Pero siéntense ustedes.

Cas. Muchísimas gracias. (Se sientan)

Paula ¡Qué bonito estudio! Ya se ve que es usted hombre de gusto. Y qué cuadros tan preciosos... ¿qué representa aquella tabla que está vuelta?

Ger. ¿La vuelta? Pues... «La vuelta del Hijo Pródigo.»

Paula ¡Ah!

Cas. (Inquieta haciendo sentar á Paula de un tirón en el vestido.) Calla, Paulita. Pues bien, amigo Gerardo, nosotras venimos á despedirnos de usted porque regresamos á Albacete.

Fabio (Aparte, á Gerardo.) ¡Que no se vayan!

Ger. ¿Tan pronto?

Paula Mamá siente la nostalgia de su casa.

Ger. La siente, porque no ha encontrado aquí atractivos, distracciones...

Cas. Lleva usted razón, pero en cambio le puedo decir á usted á cuánto asciende el presupuesto de Gracia y Justicia para este año.

Fabio (Aparte.) ¡Y aun se queja!

Ger. Pero no se marchen tan pronto. Yo que pensaba llevarlas á ustedes al cotillón del jueves en el Hotel Ritz...

Paula ¿De veras?

Cas. ¡Qué amabilidad!...

Ger. Estoy seguro de que ustedes no conocen nada de Madrid... hablo del Madrid que ríe...

Cas. Así es. Nosotras no conocemos más que el Madrid que bosteza.

Ger. Pues si se quedan, yo me encargo de distraerlas. Una noche al Español, otra á la Comedia, Apolo, la Zarzuela, el Trianón Palace... las carreras de caballos...

Paula (Con alegría.) ¡Ay, sí, mamá!

Ger. Cuando pienso que una muchacha tan bonita como usted va á enterrarse de nuevo en el fondo de una provincia... usted que por su elegancia y su distinción haría una madrileña ideal...

Paula (Aparte.) ¡Qué bien habla!

Cas. (Aparte.) ¡Qué distinción! ¡Pulgar había de ser!...

Ger. Cuando pienso que dejaré de verla, de oir su charla loca, con la locura de la ingenuidad, que la voy á perder quizá para siempre...

Fabio (Tirando á Gerardo de la americana.) Oye tú, ¿pero y mi defensa?...

Ger. Ya lo ves... de eso me ocupo... ten un poco de paciencia, hombre.

Fabio Bueno, pero activa... activa...

Ger. Como dije á ustedes antes, mi primo me ha contado el incidente que entre ustedes surgió ayer.

Cas. Yo siento en el alma que tenga parentesco con usted, pero ese señor se ha portado con nosotros como un carretero.

Ger. De los datos que tengo así se deduce. Como un carretero, en toda la extensión del vehículo.

Fabio (Aparte, con extrañeza.) ¿Cómo?

Ger. Pero tiene su disculpa. Mi primo ha dedi cado todo su tiempo á las ciencias. Esto le hizo descuidar su educación, que por tal mo tivo no es de las más escogidas.

Fabio (Tirándole de la americana. Aparte.) Pero tú, ¿qué dices?

Ger. (Sin hacerle caso.) Es más cuando se desborda, se pone inoportuno, grosero...

Fabio (Aparte.) ¡Pues sí que me esta haciendo una defensita!...

Ger. ¿Quiere decir esto que Fabio carezca de mérito? ¡Ni pensarlo! Como matemático es una eminencia. Yo me refiero á su trato que es aburridísimo.

Cas. Le está usted haciendo un retrato inimitable.

Ger. La culpa de lo de ayer es, á mi juicio, exclusivamente suya. Ahora bien, esa culpa ¿merece perdón? Yo creo que no lo merece.

Fabio (Aparte á Gerardo.) Oye tú, que te has equivocado, y estás haciendo de fiscal.

Ger. (Idem.) ¿Quieres no interrumpir? ¡Así no hay manera de defenderte!

Fabio Ah, ¿pero me estás defendiendo?

Ger. Naturalmente, entra ahí y déjame, que ya verás el final. Estoy preparando el ánimo de los jueces.

Fabio Es que así me echan á presidio...

Ger. No te pongas pesado. Entra y déjame. (Le empujá y le hace entrar primera izquierda del actor.)

Fabio Bueno, pero no te olvides...

Ger. Adentro. (Fabio entra.) ¡Qué insoportable es este hombre!

Cas. ¡Y qué aburrido!

Ger. Yo le defiendo tan calurosamente, porque al fin y al cabo es un primo mío y tengo ese deber. ¡Ah, si no fuese un primo!

Cas. Yo sospecho que más que á mi hija á quien quiere es á su dote.

Ger. Ah, ¿usted lo sabía? ¿Y, sin embargo, consentía en ese matrimonio?

Cas. Circunstancias especiales de las que no se debe hablar ahora... mi marido tiene grandes negocios...

Ger. Sí, ya sé, en Canarias.

Cas. Apenas si puede ocuparse de nosotras... yo ya voy siendo vieja .. ante el temor de que Dios me llame á juicio el día menos pensado, quería dejar á ésta casada... que contase con un apoyo... allá en Albacete había tan pocos apoyos... vamos, tan pocas proporciones...

Paula A mí nunca me ha gustado don Fabio, pero por no disgustar á mamá...

Cas. Nos dijeron que Fabio era una buena persona...

Ger. De acuerdo. Eso no hay que quitárselo. Es un hombre incapaz de hacer daño á un león ó á un regimiento de caballería. Pero en cuanto á la boda, creo que harán ustedes muy mal en aceptarle. Mi primo no merece que Paulita sacrificase su juventud, su alegría para unirla á él...

Fabío (Asomando la cabeza por la puerta.) ¡Pst!... tú.. ¿qué tal va eso?

Ger. Hombre, ¿quieres no ser plomo?

Fabio Oye... (Gerardo se acerca.) ¿Has entrado ya en el verdadero terreno de mi defensa?

Ger. Sí, hombre, sí.

Fabio ¿Y qué? ¿Os entendéis?

Ger. Nos vamos á entender muy pronto.

Fabio En ti confío. Aprieta, ¿eh?

Ger. (Empujándole.) Anda ,vete.(Gerardo le mete dentro de un empujón.) Ya lo ven ustedes... la estampa de la inoportunidad. Bien sabe Dios que le defiendo por compromiso... ¿y qué? ¿las he convencido á ustedes?

Cas. Completamente...

Ger. (Con pesar.) ¿De veras?

Cas. Ahora más que nunca renuncio á este matrimonio. (Se levantan.)

Paula ¡Ay, Dios te lo pague, mamá!

Ger. ¿De modo que todos mis esfuerzos han sido inútiles?

Cas. Inútiles.

Ger. Caramba, lo siento; ¡pobre primo! Sin embargo, Paulita es tan encantadora que hubiera sido una crueldad casarla con un tomo de matemáticas.

Cas. Aquí, lo único sensible es que todas nuestras relaciones, es decir, todo Albacete, supo que hacíamos el viaje á la corte para recoger el *trousseau*, y hasta un periódico, si no recuerdo mal, *El Centinela Albacetense*, publicó la noticia del próximo enlace, y ya sabe usted lo que ocurre en provincias... las murmuraciones... cada cual comentará á su gusto la ruptura...

Ger. Sí, verdaderamente... Esto mismo ocurre aquí en Madrid, y como si nada...

Cas. Y no es cosa de que yo me eche por esas calles de Dios á buscar un yerno.

Paula Para encontrar otro como Fabio, prefiero seguir soltera.

Ger. Claro... á Paulita lo que le hacía falta era un hombre... que sin ser un niño fuese joven todavía...

Paula Eso, sí, señor.

Ger. Alegre, sin exageración... que la hubiese corrido un poco... no demasiado... para que encontrase más agradable la tranquilidad del hogar.

Paula Eso, eso.

Ger. En una palabra, un hombre como...

Paula ¿Cómo?..

Ger. Como...

Paula Como... (Pausa; se miran sin atreverse á terminar la frase ninguno de los dos.)

Cas. Niña, entretente en mirar los cuadros por ahí... tengo que hablar reservadamente con Gerardo.

Paula Bien, mamá. (Se retira un poco y se pone á mirar los cuadros.)

(Durante lo que sigue Paula se acerca á Apolo, levanta un poco el pañuelo que le cubre y atisba, haciendo un gesto de sorpresa y cubriéndolo otra vez. Después se va al cuadro que está vuelto, le levanta un poco y mira por debajo.)

Cas. Amigo Gerardo, si no he oído mal, y para una madre, en ciertos momentos, un leve murmullo es un cañonazo, ese hombre que usted acaba de describir, es el vivo retrato de usted.

Ger. Sí... una cosa así...

Cas. Quizá peque de atrevida mi pregunta, pero .. ¿usted tendría inconveniente en ser mi yerno?

Ger. (Con alegría.) Oh... señora...

Cas. Si es que mi hija no le gusta, no he dicho nada.

Ger. Esa suposición me ofende. Precisamente esta mañana, refiriéndome al casamiento de mi primo, me decía: «Decididamente, la suerte es para los imbéciles.»

Cas. ¿Entonces le agrada la idea?

Ger. Agradarme es poco... me enloquece... ¡lo an-

siaba!... desde que vi á Paulita no he tenido otro pensamiento... ahora que... ¿y si yo no le gusto á ella?

Paula (Se vuelve rápidamente y dice.) ¡Sí me gusta usted, sí!... ay... perdón.

Ger. ¿De veras, se casaría usted conmigo?

Paula En seguida... ¿verdad, mamá, que podemos casarnos en seguida?... ya está hecho el *trousseau.*

Ger. ¿Consiente usted en ser la señora de Gerardo Perez?

Cas. Del Pulgar, ¿eh?... del Pulgar. No olvides que un descendiente suyo tuvo un pendón en la Torre de la Vela y que destronó á Boabdil el Chico.

Ger. Pues entonces, si les parece, esta noche iremos á la Comedia. Yo tomaré un palco.

Paula ¿A la Comedia? Sí, mamá, sí.

Cas. Pues en los entreactos, combinaremos el plan Precisamente, nuestro administrador escribió hace días á mi marido, suplicándole que sólo para los efectos del consentimiento y demás detalles, abandone por algún tiempo su negocio; de modo que de un día á otro, se presentará en Albacete... Ah, pero se irá en seguida.

Ger. Estoy encantado de mi felicidad.

Cas. ¿Usted vendrá con nosotras al teatro, ó después?

Ger. Con ustedes. Yo no las dejo ya. Es mi deber.

Cas. Pues entonces le esperamos en la fonda.

Ger. A las nueve en punto, iré á recogerlas.

Cas. (Tendiendo la mano á Gerardo.) Futuro yerno...

Ger. ¡Querida mamá!...

Cas. (Viendo que no se atreve á despedirse de Paulita efusivamente.) Puede usted darla un beso en la mano.

Ger. Mil gracias. (Besa la mano á Paulita repetidamente.)

Cas. Basta... había dicho uno...

Ger. Es que...

Cas. Sí, ya he visto que ha puesto usted un cero detrás del uno. Vamos.

Paula Hasta luego.

Ger. Adiós.

(Vanse las señoras á quien Gerardo acompaña hasta la puerta.)

ESCENA XIII

GERARDO. Despues FABIO

Ger. (Paseándose por la escena muy alegre.) ¡Mía... mía! ¿Quién me iba á decir? ¡Tan bonita!... ¡tan inocente!... Tan... tan... tan... ¿pues no estoy repicando?... ¡Claro!... repicando á gloria... ¡Paulita, mi mujer!...

Fabio (Asomando primero la cabeza y saliendo después.) ¿Qué?... ¿se arregló todo?

Ger. (Aparte.) ¡Atiza!... con la alegría no me acordaba...

Fabio ¿Triunfaste?

Ger. (Aparte.) ¿Y cómo le digo yo?... (Alto.) Triunfé.

Fabio ¿Entonces cómo no están aquí?

Ger. Pues. . porque acaban de marcharse, ¡ah! pero mi triunfo ha sido definitivo, enorme...

Fabio Ya lo esperaba. Tú eres menos torpe de lo que pareces á primera vista. Voy corriendo á la fonda. Está á dos pasos.

Ger. No, no vayas... conviene que dejes pasar un poco de tiempc... que concluya de enfriarse el recuerdo de lo pasado, ¿sabes?...

Fabio Pero puesto que tú me aseguras que han perdonado...

Ger. Sí, claro... pero donde hubo fuego... el rescoldo, ¿sabes?... el rescoldo... que tu presencia podría avivar, echándome á perder toda mi labor. Espera un poco, hombre... cinco ó seis meses...

Fabio ¿Estás loco? Con lo que tú has hecho, y una pequeña súplica de mi parte, asunto terminado. Ya lo verás. Voy en su busca. Ah... un millón de gracías, chico, (Le estrecha la mano.) y si necesitas algo de mí, no siendo dinero, ya sabes. Estoy á la recíproca. Adiós, Gerardo, adiós. (Vase por la derecha.)

ESCENA XIV

GERARDO, luego PEPE; poco después CORREA

Ger. ¡Cualquiera le dice la verdad! Es preferible que se lo digan ellas mismas. Ahora, que cuando lo sepa... (Toca un timbre.)

Pepe (Entrando.) ¿Llama el señor?

Ger. ¿Has visto al caballero que acaba de salir?

Pepe ¿El primo del señorito?

Ger. El mismo. Puede que vuelva dentro de poco. Traerá probablemente los ojos fuera de las órbitas, el aspecto extraviado, y en general la fisonomía de un hombre furioso.. Preguntará por mí... tú le dices que me he marchado á Portugal... á recoger una herencia.

Pepe Descuide usted (Hace mutis al mismo tiempo que entra Correa.)

Correa Ya nos tienes aquí de vuelta. Flora está pagando al cochero, porque yo no llevaba suelto... ¿qué?... ¿celebramos tu santo, ó no lo celebramos? Te advierto que he preparado para después que se marche esa, una pequeña orgía... Charito, Julia, Paca la Ebúrnea...

Ger. No, querido Correa, nada de orgías.

Correa ¿Entonces una comida familiar?...

Ger. Tampoco.

Correa Pero, oye, oye... ese tono... ¿qué significa eso?

Ger. Esto significa, que abandono esta vida disipada, que dejo las mujeres, que dejo los amigos calaveras, y sobre todo que te dejo á ti, ¡á ti, y para siempre!...

Correa Ah... ¡qué horrible sospecha!... Gerardo... ¡tú te casas!...

Ger. Lo has adivinado. Me caso y no volverás á verme, ¿lo oyes? Esta vez es cosa decidida.

Correa ¡Catastrófico!... ¿y con quién te casas?

Ger. Con quien á ti no te importa... con quien nunca has de saber, porque lo que deseo es no verte más... ¡nunca!... ¡nunca!... ¡Qué dicha, Dios mío, qué dicha!... Ya no tendré delante de mis ojos, tu figura repulsiva de viejo calavera inútil; no escucharé tu voz que siempre pide algo... ¡se acabó, Correa!... ¡desapareció Correa como una pesadilla! Ahora, si quieres, diviértete solo.

Correa ¿Divertirme solo? Imposible.

Ger. Pues haz lo que quieras. Aquí estás de más. que no te vuelva yo á ver por esta casa.

Correa Ah, ¿es que me echas delicadamente?

Ger. Eso es. Te echo, Correa. Fíjate bien.

Correa (Sollozando cómicamente.) Ya, ya me fijo... Con lo que yo te quería... después que he sido tu profesor de esparcimiento.. ah, ingratitud humana... ¿Pero y Flora?... ¿conoce tu determinación?

Ger. No la conocerá. Ella se marcha, estará como siempre tres meses sabe Dios dónde. Cuando vuelva... el matrimonio se habrá consumado y después,..

Correa ¿Después?... ¿Ves... ves si yo fuera malo... si yo no te tuviese este cariño fraternal que te tengo?... Ahora mismo le diría á Flora... y excuso decirte el conflicto.

Ger. ¿Crees que me intimidas, viejo sátiro? Pues te equivocas. Anda, díselo... anúnciale mi boda... comete esa villana acción...

Correa Me desafías, porque sabes de sobra que no soy capaz de una cosa así...

ESCENA XV

DICHOS y FLORA

Flora (Por la derecha.) ¡Ea, ya hice todos los encargos! Si arreglaste lo de tu primo y te parece bien, ya estamos andando.

Ger. Sí, pero solos ¿eh? Tú y yo.

Flora Claro que solos. Tiempo le queda á este libertino de aprisionarte entre sus zarpas... es la única pesadilla que me llevo.

Correa (Aparte.) Estoy por tirar de la manta... pero no; tengamos calma.

Flora Voy un momento á recoger mi neceser de viaje que está ahí; en tu gabinete. (Entra en la segunda izquierda.)

ESCENA XVI

DICHOS. Después FABIO

Correa Ya habrás visto que he mantenido un silencio noble y heróico.

Ger. Ya te he dicho que puedes hacer lo que te

dé la gana. No quiero agradecerte nada. (Se oyen dentro voces de Pepe que dice: «Pero si le he dicho á usted que se ha marchado á Portugal» y de Fabio que contesta: «no importa, le esperaré».)

Correa ¿Eh? ¿qué voces son esas?...

Fabio (Entrando furioso.) Caballero, es usted el último de los miserables.

Ger. Querido primo...

Fabio No me llame usted primo... primo he sido antes... desde hoy se ha acabado todo lazo de parentesco entre nosotros.

Ger. Bueno, ¿y qué?

Fabio Me ha quitado usted á esa mujer la víspera casi de mi matrimonio.

Correa Más vale la víspera que no al día siguiente.

Fabio ¿Y á usted quién le mete en lo que no le importa?

Correa Le diré á usted...

Fabio No me diga usted nada... esto ha sido una villanía (Avanza hacia Gerardo, y Correa se interpone.) Yo tengo necesidad de matar á uno... de pegarle fuego al estudio... de romper cosas.. (Empieza á dar trastazos á los muebles y arrojar al suelo los objetos que encuentra á su paso.) Mira, cobarde... mira lo que hago con tus bibelots y con todo. (Coge la fuente de natillas y el ramillete, va á la ventana y los arroja á la calle.)

Correa ¡Eh, profesor!... las natillas no... que las natillas son inocentes...

Fabio Todo, todo... (Tira el ramo y otros objetos.)

Ger. (Desasiéndose de Correa y sujetando á Fabio.) ¡Basta, energúmeno! O refrena usted sus nervios ó mandaré al criado que lo eche á puntapiés...

Fabio ¿A mí?... ¿á puntapiés á mí?... Por supuesto, que yo me he de vengar. Ya buscaré á su amante.. á esa Flora que estaba antes aquí, y la enteraré de todo para que le dé un escándalo.

Ger. ¡No alce usted la voz!

Fabio ¿Cómo que no alce?... ¡claro que alzaré!... (Gritando.) á Flora, sí, señor, á su amiguita Flora.

Ger. Correa, tápale la boca que puede oirle.

Fabio Ah, ¿luego está aquí? ¿Dónde?...

Ger. Pues bien, sí, aquí está. Cometa usted esa villana acción, anúnciela mi matrimonio. Ahí dentro la tiene usted. (Indicando la primera izquierda.)

Fabio ¡Claro que la cometeré, y va á ser ahora mismo! (Entra en la primera izquierda. Apenas ha entrado, Gerardo cierra la puerta, y echa la llave, dejándola puesta.)

Ger. ¡Cayó en el lazo!

ESCENA XVII

DICHOS y FLORA

Flora (Saliendo con un neceser de viaje.) ¿Pero qué pasa? ¡qué gritos!...

Ger. (Ante la puerta.) No, nada... el.. el...

Flora (Viendo el destrozo que Fabio ha hecho.) ¡Y todo esto por el suelo!... ¡Dios mío!... ¿acaso el loco?...

Ger. Eso es, el loco... ¿verdad, Correa?

Correa Justo, el loco del sotabanco que se escapó, entró en el estudio y hemos tenido que encerrarle ahí. (Aparte á Gerardo.) ¡Así paga Correa las ingratitudes!

Fabio (Dando golpes en la puerta.) ¡Abra usted, miserable!. . aquí no está...

Flora ¿Y qué hacemos?...

Ger. Vámonos. Correa se quedará guardando la puerta, y yo avisaré para que le cojan.

Flora ¡Que miedo! (Vanse Gerardo y Flora precipitadamente por la derecha.)

Fabio (Dando golpes,) ¡Que tiro la puerta!...

ESCENA ULTIMA

DICHOS. UM SEÑOR y UNA SEÑORA. Después PEPE con dos guardias, por el foro

Correa ¡Pues si que me ha dejado un encarguito que es para subarrendarlo!... Y con lo simpático que le he sido al matemático en cuestión, si me coge me hace fracciones decimales. (Arrecian los golpes.) Yo me marcho,

y allá se las arregle. (Va hacia el foro. Aparecen en él, un señor y una señora. El señor viste de levita y sombrero de copa. Todo muy raído. Lleva un grueso bastón. Trae la levita y el sombrero manchados exageradamente de natillas y en la copa del sombrero dos ó tres bizcochos pegados. Ella viene igualmente manchada con trozos de ramillete.)

Señor Pasa, Actea. Muy buenas. ¿El dueño del cuarto?

Correa ¡María Santísima!... ¡Este tío viene para lamerle!

Señor ¿El dueño del cuarto, repito?

Correa El dueño del cuarto, dentro de un momento lo será usted, dado el garrote que apercibo. Muy suyo. (Le hace una inclinación de cabeza y vase hacia el foro.)

Señor (Le coge de la solapa del chaquet y le trae al prosce nio.) Por última vez, ¿el dueño del cuarto?

Correa (Aparte.) ¡Ay Correa, que te zurran la badana! (Alto.) Pues es un amigo mío que acaba de salir.

Señor Bueno, es lo mismo, me entenderé con usted.

Correa Me honra usted señalándome...

Señor Todavía no, pero todo se andará. Yo soy de clases pasivas.

Correa Dignísima clase... una clase superior.

Señor Y usted comprenderá que siendo de clases pasivas no puedo dedicar al sastre ni al sombrerero más que una exigua cantidad.

Correa Abundo en igual escasez... las necesidades de la vida son tan múltiples... (Yendo á la puerta, donde se oyen nuevos golpes.) Ya van... Tenga usted paciencia, que hay visita.

Fabio ¡Abran ó prendo fuego á la casa!

Correa No le hagan ustedes caso, continúe. ¿Decía usted que el sombrerero?...

Señor Decía, que ó me indemnizan ustedes en el acto del perjuicio causado en el vestuario, tanto á mi señora como á mí, ó despídase usted de las narices.

Correa ¡Caray, caballero!... Yo soy enemigo de las despedidas, porque me afectan demasiado y...

Señor Basta, la indemnización ó le pego fuego á la casa.

Correa ¡Arde la manzana!

Señ. ¡Víctor, prudencia!

Correa Eso. Don Víctor, prudencia.

Señor ¿Cómo prudencia? ¿Le parece á usted bien cómo le han puesto la tórtola á mi esposa?...

Correa No crea usted que carece de originalidad.. con el amarillito de las natillas, parece un canario grande.

Señor Y como yo he decidido tomarme la justicia por mi mano, (Enarbolando el garrote.) ó viene la indemnización ó viene el árnica.

(Se oyen nuevos golpes en la puerta.)

Correa (Aparte.) Este me saca del conflicto. (Alto.) Un momento, señor mío. Tiene usted razón. El dueño del cuarto, el que ha derramado sobre ustedes tan pródigamente el postre, está ahí. (Indicando la primera derecha.)

Señor ¿Ahí?

Correa Sí. Yo no quería dejarle salir por evitar... pero en fin, ya que se pone usted así, creo que es muy justo que cobre, de manera que usted mismo ábrale la puerta y á cobrar... porque cobra usted, no le quepa duda.

Señor (Dirigiéndose á la puerta y abriendo.) Y tanto que cobro. (Apenas ha abierto, Fabio le echa las manos al pescuezo, intentando ahogarle.)

Fabio ¡Ahora sí que te ahogo, miserable!...

Señor (Sofocado.) ¡So... so!...

Correa (Acabando la palabra.) ...corro.. corro... ¡La hecatombe! (Sale corriendo por el foro.)

Señ. (En la ventana.) ¡Favor!... ¡Que matan á mi marido!...

Pepe (Entrando por el foro seguido de dos Guardias. Indicando á Fabio.) Aquél es el loco. (Los Guardias cogen á Fabio y le separan á empellones del señor. Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La escena representa una sala en planta baja de un caserón de provincia. Muebles antiguos. Dos puertas en cada lateral. Puerta grande en el foro izquierda y á la derecha también del foro ventana grande con escalones y en ellos tiestos, etc., etc. Todo el foro jardín.

ESCENA PRIMERA

DOÑA CASILDA y DOÑA ESCOLÁSTICA

Doña Escolástica es una señora bastante vieja, y vestida con traje oscuro. Lleva velo. Al levantarse el telón se ve cruzar por la reja del foro derecha (todo del actor) á doña Casilda que lleva del brazo á doña Escolástica: hacen entrada y se sientan en dos sillas que habrá frente á la citada reja que será de las grandes

Cas. Vaya con mi buena doña Escolástica, ¿conque tan hermoso fué el sermón? Yo he sentido mucho no poder asistir, pero ya comprenderá usted que casándose mañana mi hija Paula...

Esc. No puede usted darse una idea de cómo estuvo el Padre Comba. ¡Ay, decía, ay de esas malaventuradas que queman su juventud en las hogueras del vicio, que todo lo sacrifican al amor, sin acordarse de que el único amor verdadero es el de Dios, y de que hasta El no se llega más que por el camino de

la fe y de las buenas obras! ¡Dos horas y media duró la plática!... Yo ya estaba algo cansada...

Cas. Siempre fué algo difuso el Padre Comba. Parece que le dan cuerda. Pero como inspirado no se le puede negar que lo es. Por supuesto, que esas palabras serán sin duda una alusión á su sobrina de usted Robustiana. ¡Bien claro está! Una muchacha bonita que se impone la misión de unir á dos hermanas, distanciadas, la una por apreciar la vida en sus tonos más alegres, la otra como usted por entenderla en un sentido más moral, más austero... y ella, la pobre, batallando, una parte del año en Madrid, cerca de la oveja descarriada, y el resto descansando en la santa placidez de su casa de usted... ¡es una labor de mártir!

Esc. ¡Y si fuese eso sólo! Pero durante los meses que pasa á mi lado, ya lo sabe usted, como lo sabe todo Albacete, su sola alegría es consolar al que sufre, socorrer al desvalido, en fin, un ejemplo de virtud y de moralidad que asombra. ¡Cuántas veces le tengo dicho: «Robustiana, deja ya de luchar cerca de tu tía Magdalena; desgraciadamente ha entrado en un camino en el que no es fácil retroceder, pero ella con una resignación verdaderamente evangélica me contesta, «no; yo no descansaré hasta que tía Magdalena venga aquí y caiga á tus piés pidiéndote perdón, é imite para siempre tu santa conducta».

Cas. ¡Qué alhaja! Porque otra en su lugar, teniendo como tiene un palmito en el que no hay hoja desperdiciable, y perdóneme usted el símil, hubiese pensado en casarse.

Esc. No, Robustiana me tiene dicho, que de casarse, sería después de mi muerte caso de que no optase por entrar en un convento.

Cas. Que quizá sea lo más probable.

Esc. Allá ella, para vivir con lujo no ha de faltarle. Todo mi capital será suyo, y aunque es bastante crecido, bien mísero es el pago si se compara con sus merecimientos. Yo ya estoy para pocas bromas...

Cas. Vamos, no diga usted eso... ¡para pocas bromas!... Usted sale en Carnaval y hace todavía un gran papel... ¿Pero y Robustiana, cómo no ha venido?

Esc. Fué á Socuéllamos á entregar en la Asociación de Niños Pobres, la suscripción que gracias á su iniciativa se recogió aquí. Hoy debe regresar. ¿Y su futuro yerno, ha llegado?

Cas. Sí, señora. Desde esta mañana es nuestro huésped.

Esc. Me han asegurado que aunque en otros tiempos fué algo calavera, con este matrimonio entra en el buen camino.

Cas. Y no la han engañado. Este es de los calaveras que se corrigen en vida. En cambio los hay que hasta después de muertos siguen siendo calaveras. (Con tristeza.) ¡Algunos conozco yo!

ESCENA II

DICHAS, DON SEBASTIÁN y DOÑA VALENTINA. Los dos son viejos

Seb. (Entrando por el foro con doña Valentina.) ¿Se puede?

Cas. (Levantandose.) ¡Valentina! ¡Qué alegría! (Se besan.)

Seb. (A doña Valentina.) Ahí tienes á tu hermanita... mañana á estas horas, suegra, y si el terreno es de los buenos, dentro de poco abuela.

Val. Vamos, Sebastián, no empieces ya.

Seb. Déjame, mujer, ya sabes cómo soy... franco como el oro, digo las cosas como me llegan á la boca. Si fuera mudo las diría por señas.

Val. Como todos los mudos.

Seb. Bueno, y ese hombre, ¿qué?... ¿Está ya arrepentido?...

Val. Calla, Sebastián, por Dios...

Seb. ¿Qué hace que no sale?... ¿Y mi sobrina?...

Cas. Ya puedes figurarte. El día antes de casarte tú, tendrías mil cosas que hacer.

Seb. ¿Yo?... Nada más que una. Buscar las ocasiones en que esta se quedaba sola para darla un abrazo ó un pellizco...

Val. ¿Pero ven ustedes qué hombre?

Seb. Sí, que tú te quedabas atrás. (Riéndose.) No hacía más que enviar á todos de aquí para allá, ya supondrán ustedes con qué objeto...

Val. ¡Sebastián!... ¡Que está aquí doña Escolástica!...

Seb. ¿Y qué? No parece sino que digo algo terrible... y sobre todo, que cuando se dice lo que se siente, todo está bien dicho, ¡qué caramba!

Esc. Según como se diga.

ESCENA III

DICHOS, PAULA y GERARDO por la segunda derecha del actor

Paula (A Gerardo.) Como sigas así no vuelvo á quedarme sola contigo.

Ger. ¡Pero tonta, si es un pequeño anticipo!

Cas. (A don Sebastián.) ¿No preguntabas por ellos? Ahí los tienes.

Seb. (Examinando á Gerardo.) Caballero...

Ger. Caballero...

Cas. Presentaré á ustedes. Mi cuñado don Sebastián Brú. Mi hermana Valentina. Mi yerno don Gerardo Pérez del Pulgar. Un antepasado suyo, venció á Boabdil el Chico.

Seb. (A Gerardo.) Bien, hombre, bien; ¿con que usted es el afortunado que mañana llevará á mi sobrina al altar?

Ger. (Muy amable.) Servidor de usted.

Seb. (Mirándole. A Casilda en voz alta.) No está mal tu yerno, no está mal. Ahora, que como me habíais exagerado tanto diciendo que era un buen mozo... (Doña Casilda y doña Valentina tosen, pero don Sebastián no hace caso y continúa.) que era guapo... que era joven... ¡lo que es éste ya no cumple los treinta y cinco!..

Ger. Caballero...

Seb. No, no, si ya digo que no está mal, ¡para descender como descendemos del gorila, no vamos á pedir tampoco gollerías!... Y sobre todo, ¿tú le quieres así?... Pues no hablemos más.

Paula Pero tío!...

Seb. ¿Qué? ¿He dicho alguna inconveniencia?... Pues lo sentiría, pero yo soy así. Franco como el oro, ¡qué demonio!...

Val. ¡Parece mentira... esta Paulita que ayer como quien dice era una chicuela y hoy se nos casa! (A Gerardo.) Hágala usted feliz, caballero.

Seb. Eso, al sacrificio y que sean ustedes dichosos.

Val. ¿Habéis invitado á mucha gente para la ceremonia?

Cas. No, al contrario. Los parientes y algunos íntimos, nada más.

Seb. Muy bien, muy bien. Así se hace menos el ridículo. ¿Supongo que la señorita Robustiana no faltará.

Cas. Naturalmente.

Ger. ¿Quién, la sobrina de doña Escolástica? Ardo en deseos de conocerla. ¡Me han hablado tan bien de ella!...

Seb. El orgullo de Albacete, sí, señor.

Ger. Aquí, por lo que he oído, tiene una fama...

Val. Merecidísima.

Esc. ¡Muchas gracias!

Cas. Pues no tardará usted en ver cumplidos sus deseos, porque doña Escolástica la espera hoy mismo. Yo también espero á mi esposo.

Ger. También ansío conocer á mi papá político.

Cas. A ese le verá usted poco. Lo necesario para cumplir con las formalidades de rúbrica y á Canarias otra vez.

Ger. ¿Pero tan necesaria es su presencia allá?

Cas. Indispensable.

Seb. (Que ha estado mirando un momento al cielo en el foro, vuelve al proscenio y dice:) Está el cielo así como para tormenta. De seguro que mañana llueve y se desluce la ceremonia...

Val. ¡No seas agorero, hombre!

Ger. (Aparte á Paula.) ¿Cómo dices que se llama tu tío de apellido?

Paula Brú. Sebastián Brú.

Ger. Le falta una sílaba.

Seb. Bueno, pues con vuestro permiso, yo voy á echar una ojeada por ahí dentro; á ver el *trousseau*, los regalos, y sobre todo á ver vuestra nueva casa, porque desde que os

mudásteis no he estado á visitaros... parece mayor que la otra, ¿eh?... Ahora, que debe ser húmeda y oscura y muy malsana... aquí fué donde murió don Fermín de unas palúdicas que...

Val. Anda, hombre, anda, vamos á ver el *trousseau,* y usted también, doña Escolástica.

Cas. Sí, sí, venga usted. Ya no la dejamos marchar hasta que regrese Robustiana.

Esc. (Levantándose.) Tantas gracias.

Seb. Vamos allá. (Vanse por primera derecha Casilda, Escolástica, Valentina y Sebastián. Este último se queda un poco rezagado y cuando han salido los otros vuelve á escena y dice á Gerardo y Paula.) No diréis que no os preparo el terreno para... (Ademán de abrazar.) y para... (Ademán de pellizcar.) No... no decirme nada... lo mismo hice yo... y lo mismo hacen todos... ¡al aprovechen, pollos, al aprovechen! (Vase por primera derecha.)

ESCENA IV

PAULA y GERARDO

Ger. Sabes que tienes un tío bastante... ¿cómo te diría yo? bastante... tío.

Paula Un poco desagradable es en su trato, ¡con aquello de que siempre dice lo que siente!

Ger. Lo importante es que llegue el día de mañana, y en cuanto nos echen la bendición... (Trata de abrazarla.)

Paula (Conteniéndole.) ¡Gerardo, que me voy! Eres demasiado impetuoso...

Ger. Y tú excesivamente tirana... ¡si me hubieses visto esta mañana hincado de rodillas ante el confesonario haciendo una relación de mis pecados!

Paula Para casarse era necesario confesarse antes.

Ger. Y que el cura se conoce que dijo para sus adentros: «Hola... un pecador que viene de Madrid... artista... ha observado cierta vida... debe tener pecados divertidísimos... detallemos, detallemos.» Y no te quiero decir... ¡más de hora y media! «¿No se deja usted nada?», me repetía el Padre á cada paso...

Padre, me dejo las menudencias, decía yo. «Pues venga también las menudencias, insistía él.»

Paula ¿Y qué penitencia te impuso?

Ger. Una novena...

Paula Ah. .

Ger. Una novena de abrazos que darte.

Paula Eso no es verdad. Un cura no puede decir eso

Ger. ¡Que sí, que me lo ha dicho!... y además me dijo que estando tan próximo el matrimonio tú no debías oponerte.

Paula (Dudando.) ¿Es de veras?

Ger. De veras, mujer.

Panla Pues si es cosa del cura... (Se vuelve un poco haciendo un mohín como indicando que se dejará abrazar.)

Ger. (Comprendiéndola y abrazándola.) ¡Paulita!... no sabes lo que te quiero.

Paula ¡A cuántas se lo habrás dicho antes que á mí!

Ger. A ninguna.

Paula ¿Me juras que nos has dejado en Madrid ningún compromiso?

Ger. Sí, señora; juro que no he dejado en Madrid ningún compromiso. (Aparte.) Flora no está en Madrid, de modo que no miento.

Paula Gerardo mío, por lo bueno que eres te concedo otro abrazo. (Se abrazan.)

ESCENA V

DICHOS y CASILDA, por donde entró

Cas. ¡Pero hombre de Dios, que siempre le he de encontrar lo mismo! Me sorprende su tenacidad ..

Ger. La que me sorprende es usted...

Cas. ¡Cómo si no tuvieseis tiempo después de casados! ¡Válgame Dios!

Paula Bueno, mamaíta, no te incomodes, que no ha sido más que un abrazo.

Ger. Uno, sólo uno.

Cas. ¿Sin cero?

Ger. Sincero y cariñoso.

Cas. Me refiero al cero. Al que multiplica por diez.

Ger. Ah, pues sin cero.

Cas. Está bien ¿Quiere usted hacerme un favor?

Ger. Usted me manda.

Cas. Llegarse á la Iglesia y fijar usted mismo con el señor cura la hora de la ceremonia, con objeto de poder enviar las invitaciones. Esta es una misión que otro cualquiera no haría con la escrupulosidad que usted.

Ger. Pues ahora mismo.

Cas. Salga usted por la puerta falsa del jardín y se evita usted un gran rodeo.

Paula No tardes.

Ger. En seguida estoy de vuelta. (Hace mutis por el foro y se le ve cruzar por la reja, desapareciendo por la derecha del actor.)

Cas. Paulita, es menester que contengas las vehemencias de tu futuro. Si conforme he sido yo quien os ha sorprendido, llega á ser por ejemplo tu tío Sebastián...

Paula (Riendo) ¡Anda, el tío Sebastián!

Cas. ¡El que no puede callar nada!

Paula Bien, mamá, descuida.

Cas. Lo mejor es que procures no quedarte sola, y así no tienes que temer. Pues no digo nada si os sorprende doña Escolástica ó su sobrina Robustiana. ¡Con lo severas que son!

Paula ¿Pero tiene algo de particular? ¿No va á ser mi marido?

Cas. Es que aun siéndolo, esas expansiones se tienen cuando nadie puede verlas. Anda, ven. Me ayudarás á organizar la mesa. No sé como distribuir á los convidados.

Paula Pues muy sencillo. Mira, Gerardo frente á mí. Tú á mi lado...

Cas. No, que así estuvimos esta mañana y me dió cada pisotón... por dártelo á ti.

Paula Bueno, pues Gerardo á mi lado, tú...

Cas. Vamos adentro, y sobre el terreno lo haremos mejor. (Hacen mutis por primera derecha.)

ESCENA VI

FLORA y CORREA

Aparece por el foro izquierda Flora, que entra muy sofocada y es perseguida por Correa, el cual entra inmediatamente detrás. Flora viste un traje oscuro y severo y lleva en la mano un saquito de viaje. Correa viste poco más ó menos como en el acto anterior

Flora (Muy turbada.) ¡Caballero... le suplico á usted que me deje!... usted se equivoca.

Correa Pero, Flora, hija mía, si es la sorpresa...

Flora Le repito que se equivoca usted, señor, yo no me llamo Flora... y haga el favor...

Correa ¿Qué no te llamas Flora?... ¿qué no eres la modelo de Gerardo?... ¡Pero si es imposible un parecido tan estupendo!... ¡si es el mismo tipo, las mismas hechuras, la misma voz!

Flora Le prohibo á usted que siga hablando.

Correa Pero señor, si.. no, y á la bebida no lo puedo achacar, porque salvo la copa de cognac que me tomé en la estación, no ha entrado en mi cuerpo nada espirituoso. (Volviendo á mirarla.) ¡Como que es Flora!... ¡me juego el chaquet!... sus ojos, su nariz, su boca...

Flora ¿Quiere usted dejarme en paz y marcharse de una vez?

Correa No te molestes, riquita. Tú eres Flora, la modelo de Gerardo, de ese sinvergüenza, que después de arrojarme de su casa, huyó de mí sin decirme siquiera adonde iba.

Flora Basta. Que usted me haya seguido por las calles desde que salí de la estación ya estaba mal, pero perseguirme hasta aquí... atreverse á penetrar en esta casa, es odioso... ¿Usted sabe dónde está?

Correa Ni falta que me hace. Supongo que será tu casa.

Flora De ningún modo. Yo vengo aquí de visita. Si aparece alguien y le ve á usted, ¿qué digo yo?

Correa Pues en ese caso me presentas como á un amigo tuyo... un primo, un hermano, un tío... lo que quieras.

Flora Lo que haré será llamar y que le echen á la calle.

Correa Pues te esperaré en la calle.

Flora ¿Por lo visto está usted dispuesto?...

Correa Á convencerme de una cosa. De que eres Flora.

Flora ¿Se marcha usted?...

Correa Cuando te vayas tú...

Flora (Sin poderse contener.) ¡Por Dios, Correa!...

Correa (Con alegría.) ¡Ah!... ¿sabes mi nombre?

Flora (Aparte.) ¡Torpe de mí!

Correa ¿Lo ves?... ¿ves cómo eres Flora?

Flora ¡Por favor, váyase usted que me compromete de un modo horrible!

Correa ¿Irme? Ahora menos que nunca. En esta población aburridísima descubro una mujer encantadora, y amiga mía además. Durante la breve estancia que aquí tengo que hacer, tendré un interés... una intriga... ¿y quieres que me vaya? ¡Quiá!. . pues pocas cosas tengo que contarte...

Flora ¡Por última vez!... ¿se va usted ó llamo?...

Correa Ah, ¿pero todavía insistes?... Pues haz lo que quieras...

Flora Usted lo ha querido. (Llamando en varias puertas.) ¡Señora... señora!

ESCENA VII

DICHOS y CASILDA, por donde entró

Cas. (Saliendo.) ¿Quién llama? (Viendo á Flora y abrazándola.) Ah, querida amiga...

Correa (Viendo á Casilda. Aparte.) ¡Atiza!...

Cas. ¡Hombre, mi marido!. .

Correa ¡Mi mujer!...

Flora (Asombrada.) ¡Su marido!... ¡su mujer!...

Cas. (Afectando alegría pero que el público comprenda el desagrado.) ¡Qué agradable sorpresa!... Perdona que no hubiese nadie en la estación. No te esperábamos hasta el tren de la noche, como habías anunciado.

Correa (Reponiéndose.) Sí, pero era tal la ansiedad que tenía por veros, que he tomado el de la tarde... mi equipaje viene en el otro...

Cas. ¿Pero cómo has dado con nuestra nueva casa?

Correa (Vacilando.) Pues... (Aparte.) ¿qué digo yo?... ¡ah!. . (Alto.) La señorita ha sido tan amable que me la ha indicado, brindándose á acompañarme.

Cas. No podías haber encontrado mejor guía que la sobrina de doña Escolástica.

Correa Ah, pero... ¿la señorita es la sobrina?...

Cas. Robustiana Soto, claro está.

Correa ¡Robustiana Soto! ¿La joven que en sus cartas cita tu administrador tan á menudo? ¿El orgullo de las mujeres de Albacete?

Flora Servidora de usted. ¿De modo que hemos venido hablando sin yo saber que usted era...?

Cas. Hilario del Moral, mi señor esposo y padre de Paulita.

Flora Es para mí una sorpresa...

Correa ¿Pues y para mí?...

Cas. Claro, tú esperarías encontrarte con alguna joven contrahecha, fea. . y te sorprende que siendo tan guapa haga la vida que hace... porque tú no sabes la vida que hace...

Correa Quien no lo sabe... (Flora le interrumpe tosiendo fuerte.) quien no lo sabe no lo puede apreciar... por eso yo. .

Cas. Dices bien. Pero no perdamos tiempo, querida Robustiana. Mientras yo le doy cuenta á mi esposo de ciertos detalles, hágame el favor de pasar ahí dentro. En el gabinetito está su tía de usted que ansía verla. Yo soy con ustedes en seguida.

Flora Con mucho gusto. Luego saldré, porque deseo hablar con su esposo... ¿viene de Canarias, verdad?

Cas. Directamente.

Flora Pues quiero que me de algunos detalles... tengo allá una amiga...

Correa No faltaba más. Todos los que usted quiera. (Tanto Correa como Flora aprovecharán los momentos en que doña Casilda mira á uno ú á otro para hacerse señas de silencio, etc., etc.)

Flora Hasta ahora. (Hace mutis por primera derecha.)

ESCENA VIII

CASILDA y CORREA

Cas. Hilario...

Correa Queridísima Casilda... (Queriendo abrazarla.)

Cas. (Con tono severo.) Suprime adjetivos que en tus labios más que halagar ofenden, y vamos á nuestro asunto. (Se sientan.)

Correa Bien, como tú quieras.

Cas. ¿Sabes por qué has sido llamado?

Correa Sé lo que en su corta epístola me decía don Cándido, tu administrador. Que nuestra hija se casa, que aparte de otorgar mi consentimiento debo, por evitar las murmuraciones, asistir á la ceremonia, y que una vez realizado todo esto, debo volver á Canarias...

Cas. Justo, á Canarias. No pudiendo ni queriendo hacer pública nuestra separación irrevocable, y mucho menos la vida licenciosa que llevabas, y supongo seguirás llevando en Madrid...

Correa Casildita, te aseguro...

Cas. No te molestes, Hilario. Ya sabes que hace mucho tiempo nada se de ti, ni nada quiero saber. Para mí has muerto.

Correa Casilda, que me matas con esa frialdad...

Cas. No pudiendo, como decía, confesar esas vergüenzas, propalé por todas partes que estabas en Canarias dedicado al Comercio, y que tus negocios eran de tal índole que no te permitían abandonarlos frecuentemente.

Correa Sí, vamos, que me has empadronado en las Islas, y que allí me moriré.

Cas. Tú te puedes morir donde quieras, pero yo tenía que velar por el nombre de mi hija y defenderle en lo posible.

Correa No seas injusta. Bien sabes que durante la época en que... lo confieso, fuí algo malo, para evitar el peligro que señalas, adopté un nombre supuesto, y usándole he continuado.

Cas. Es la única delicadeza que te he conocido. Conque ya lo sabes, no quiero dar á la gen-

te materia para que lleven y traigan en sus lenguas esta casa, por lo cual, delante de todos seré contigo una esposa cariñosa, hasta donde pueda dominarme, y como esto ha de serme violento, te suplico que en cuanto el sacerdote case á Paulita, tú abandones esta población.

Correa Bueno, pero ya podías haberme dicho siquiera con quién se casa mi hija.

Cas. Supongo que no me harás la ofensa de abrigar temor alguno. Se casa con un hombre digno de ella, puedes estar tranquilo. Además pertenece á una familia ilustre y es muy simpático. Ha ido á la iglesia á convenir la hora de la ceremonia. En cuanto regrese te lo presentaré.

Correa (Humilde) Está bien, Casilda, está bien. Lo que tú hagas me parece de perlas. (Pausa.) ¿De manera que seguimos lo mismo?

Cas. Hasta la muerte.

Correa ¡Cruel!... (Solloza cómicamente.) ¡Con lo que yo te quiero!...

Cas. ¿Cruel?.. ¿Pero tú no recuerdas todas las afrentas, todas las vergüenzas que me has hecho pasar?... Con las amigas, con las modistas; ¡hasta con las criadas!... Acuérdate que no paraba una en casa dos días, sin que te sorprendiese abrazándola ó pellizcándola.

Correa Bueno... es verdad.. pero comprende también tú que toda la culpa no era mía... tú tienes una gran parte de responsalidad.

Cas. ¿Yo?

Correa Sí, señor, tú. Ya lo creo. ¡Porque hay que ver qué criadas buscabas, caracoles!... la que no era regordeta, era de una alineación estatuaria... la que no era morena de ojos negros, era rubia con ojos de caramelo de los Alpes, y la que no tenía dieciocho años, tenía diecisiete, y eso... eso, Casilda, no lo debe hacer una señora casada, porque eso equivale á obligar á pasear al esposo por el alero del tejado, y exigirle que no vacile, sin pensar que entra el vértigo y si no se agarra uno á lo primero que encuentra á mano, cae.

Cas. Por eso tú caíste.

Correa ¡Caer, jamás! Tú me habrás cogido asiéndome á lo que me asiera, pero era precisamente para no caer.

Cas. Bien observo que sigues tan cínico como antes.

Correa ¡Caray, Casilda, escoge los adjetivos, que los hay que lesionan, y la verdad, después de la vida de arrepentimiento que hace tres años llevo en Madrid...

Cas. ¿Tú?... ¿Vida de arrepentimiento, tú?

Correa Yo. Vida de penitencia, de privaciones. Así. Para mí, las juergas se han acabado... eso de seguir á una mujer por la calle pasó á la Historia .. lo de las criadas se terminó irrevocablemente. Por no caer en la tentación, las he suprimido, y allá en Madrid tengo un criado que se llama Pepe... buen muchacho... es decir, le tenemos á medias entre un artista amigo mío y yo... ahí tienes... un amigo mío que era un perdido, un calavera desbocado y al que yo he enderezado por el buen camino, ¿eh?... ¿quién lo diría?

Cas. Lo dudo.

Correa No quisiera más que poder presentártelo para que te convencieras. Creéme, Casilda; el Hilario aquél ha muerto. Oye, ¿me permitirás que me quede aquí una semanita siquiera? Parece feo marcharse con esa precipitación... (Aparte.) Hasta que intime con mi yerno y le de un sablazo.

Cas. Eso dependerá de tu conducta.

Correa Ah, pues si es por mi conducta, me quedo un par de meses. Ya verás; vas envanecerte de tener un marido como yo.

ESCENA IX

DICHOS; FLORA por primera derecha

Flora (Saliendo.) Ah... ustedes perdonen... creí que habían terminado...

Cas. Sí, hija mía, sí. Ya hemos terminado.

Correa Sí, pasa... digo, perdone usted... me había distraído... estoy á su disposición.

Flora Se trata de una pregunta acerca de esa amiga... mera curiosidad.

Cas. Pues os dejo. Voy á ver cómo anda la comida. De las muchachas no se puede una fiar.

Correa Cierto. Ah, mira .. mándame una taza de té con algo, ¿sabes?... pastas, bizcochos, jamón en dulce... estoy del viaje... y un poco de cognac... muy poco... no le vayas á echar mucho, porque á mí el alcohol...

Cas. ¿Como una cucharada?

Correa ¿Qué sé yo?... Lo mejor es que me mandes la botella .. que yo dosificaré. Te conozco y temo que te vayas á exceder.

Cas. Bueno, bueno. Ahí te dejo con una santa.

Flora ¡Por Dios, señora!...

Cas. Lo que has oído. Una santa. (Vase por primera derecha, indicando por señas á Correa que no vaya á permitirse pellizcar ó abrazar á Flora.)

ESCENA X

FLORA y CORREA

Correa Bueno, yo he visto cosas despampanantes en mi pecadora vida, ¡pero como esta ninguna!

Flora ¡Chst!... no levantes la voz.

Correa Llego á Albacete. Sigo á una mujer hasta una casa... y esa casa resulta que es mi casa, y esa mujer resulta que es mi amiga Flora, y Flora la señorita Robustiana, una especie de Santa Rita de Casia... ¡Estupendo, chica, estupendo!

Flora También resulta que el esposo de doña Casilda que acaba de llegar de Santa Cruz de Tenerife donde le retienen sus asuntos comerciales, es nada menos que Correa, que viene de Madrid, donde le retiene una vida de libertinaje, sablazos y jolgorio. ¡Estupendo, chico, estupendo!

Correa ¡Mira que tú santa!...

Flora ¡Mira que tú comerciante!

Correa La verdad es que les estamos tomando el pelo á estos provincianillos. Somos dos farsantes...

Flora (Ofendida) ¡Correa!...

Correa Chica, no te ofendas, pero la verdad es que no me explico...

Flora Este es el misterio de mi vida, del que ya conoces parte.

Correa ¿De modo que?...

Flora Sí, Correa; yo tengo aquí una tía, mi tía Escolástica, rica... inmensamente rica y esa tía, mujer devota si las hay, porque me cree una santa, está dispuesta á dejarme toda su fortuna.

Correa ¡Hola!

Flora Para ella, el tiempo que paso en Madrid, lo paso con el solo objeto de traer al buen camino á su hermana Magdalena, otra tía mía con quien cree que vivo.

Correa Chica, estás de tías espléndida.

Flora Como ellas no se tratan, difícilmente descubrirían mi ardid. Y lo demás. . ya lo sabes. En Madrid conocí á Gerardo, me enamoré locamente de él, y ante el temor de que una ligereza suya ó de algún amigo pudiera venderme, guardé el misterio, porque si doña Escolástica conociese la vida en apariencia condenable que llevo en la Corte, ¡adiós herencia!... Pude, es cierto, resignarme á vivir aquí junto á ella, pero entonces perdía á Gerardo, y tú lo sabes, Correa, ¡le quiero mucho!

Correa Bueno, pero ¿cómo es que te llaman aquí Robustiana?

Flora Porque ese es mi verdadero nombre, Robustiana, Timotea, Máxima, Segunda, Lupercia y Rufa. Todos estos nombres me pusieron en la pila.

Correa ¡Pues si que te pusieron una pila de nombres feos!

Flora Por eso en Madrid me confirmé yo. ¿Tú crees que le hubiese gustado á Gerardo llamándome Robustiana?

Correa ¡Quita, quita! Con Robustiana no hay manera de decir una galantería, una frase amorosa...

Flora ¿Pues y con Timotea .. ó con Lupercia... ó con Segunda?

Correa Tampoco se pueden decir muchas cosas con Segunda.

Flora Pues ahí lo tienes explicado todo. Ah, te advierto que aquí hago una vida ejemplar. Tú, ya sé que has venido á casar á tu hija.

Correa Sí, pero mi mujer dice á todos que vengo de Canarias.

Flora ¿Otro misterio?

Correa Ca, una tontería... que como yo, ya conoces mi carácter, tocante á señoras milito en la misma opinión que «El Joven Telémaco»: me gustan todas en general, pues mi señora me pilló abrazando á una criada... otro día pellizcando á una asistenta...

Flora No sigas, vendrías borracho por la noche... quizá hayas sido capaz de levantarle la mano á tu mujer...

Correa (Digno.) ¡Por Dios, Flora... eso nunca! Yo tendré mil defectos pero no olvido que soy de Argamasilla de Alba, y por lo tanto paisano de Don Quijote, y ni mi brazo ni mi lengua se moverían para ofender á una señora. Total, que nos separamos... marché á Madrid...

Flora Y allí te fingiste soltero para favorecer tus aventuras... cambiaste de nombre...

Correa Como tú.

Flora Bueno, ¿y con quién se casa tu hija?

Correa ¿Creerás que aún no lo sé? Todavía no me han presentado á mi yerno. Mi mujer dice que es una persona dignísima.

Flora Ya sé que llegaba esta mañana, pero tampoco le he visto.

Correa Lo que lamento es que la fiesta sea aquí en Albacete, y con la familia... ¡con la familia no se va á ninguna qarte! Figúrate tú esta misma boda en Madrid, en la Cuesta de las Perdices, pongo por caso, y venga organillo, y venga cognac. Tú marcándote un chotis con Gerardo; yo con la primera que se pusiera á tiro..

Flora (Suspirando.) ¡Gerardo!... Y pensar que hasta dentro de tres meses no le volveré á ver... sin poder siquiera escribirle ni recibir sus cartas... en fin, con tal de que me sea fiel como yo á él...

Correa ¡Que quieres que te diga!...

Flora ¡Correa, no empieces ya á despertar en mí sospechas para amargarme la vida!

Correa — Bueno, bueno, no he dicho nada...

Flora — Vaya, voy un momento á recoger una oración que debe rezar esta noche tu hija despidiéndose de la vida de soltera. Ya sabes que comemos juntos. A ver si metes la pata.

Correa — Puede que la meta por debajo de la mesa si me ponen enfrente alguna señora guapita.

Flora — ¡Eres incorregible! Hasta luego. (Hace mutis por el foro izquierda del actor.)

ESCENA XI

CORREA. En seguida ENGRACIA

Correa — Y el caso es que Flora tiene mucha razón. ¡Ya es hora de que yo siente la cabeza! Porque en sentando la cabeza, acaso mi mujer me perdone, consienta que vuelva al hogar tranquilo y nutritivo... nada, nada, desde hoy á hacer una vida ejemplar... despues de todo, los años se echan encima á paletadas, y esta soledad en que vivo...

Eng. — (Sale por primera derecha. Es una criada muy guapota. Habla con acento andaluz. Lleva en una bandeja, un servicio de té con pastas y una botella de cognac.) Buenos días... (Se queda en una actitud como para dibujarla.)

Correa — (Al verla.) ¡Recorcho!...

Eng. — ¿Es usted el señorito, verdad?

Correa — ¿Qué señorito?

Eng. — El canario.

Correa — ¿El canario?... Ah, sí, no me acordaba de mi procedencia... pues sí, yo soy el canario, aunque mi aspecto más bien es de aguilucho.

Eng. — Pues la señora me manda pa que le sirva á usté el té que ha pedido. ¿Estasté malo, señorito?

Correa — (Fijándose más en ella.) Estoy... (Aparte.) ¡Caray... mi mujer no escarmienta!... esto es ponerle á uno en el alero. . (Alto.) ¿Tú hace mucho tiempo que estás en la casa?...

Eng. — Va pa tres meses... ¿se lo sirve á usté aquí?...

Correa Sí, donde quieras. (Aparte.) Nada, que me está entrando el vértigo, y me voy á tener que agarrar...

Eng. ¿Le sirvo el azúcar?

Correa Sirve... (Apsrte.) ¡Vaya si sirve!...

Eng. ¿Le gusta á usté muy dulce?

Correa Como tú me lo pongas.

Eng. ¡Ay, no! No se fíe usté de mí, que á mí me gustan las cosas muy dulces.

Correa (Galante.) ¿Muy dulces?... Pues fíjate en mí que estoy hecho de arrope.

Eng. (Sorprendida.) ¿Cómo?

Correa Que yo y los angelitos esos que colocan encima de las tartas, gemelos en el dulzor.

Eng. (Riendo.) ¡Tié usté buen humor!... cualquiera diría que está usté delicao... (Mueve el té con la cucharilla.)

Correa (Cogiéndole la mano y reteniéndola.) Oye, tú, no agites tan de prisa que así se corta...

Eng. Es para que se deshaga y se lo pueda usté tomar pronto.

Correa El que se está deshaciendo por tus pedazos soy yo.

Eng. ¿Qué dice usté?... (Retrocediendo un poco.)

Correa Oye, ¿cómo te llamas?

Eng. Engracia.

Correa ¿Y eres albaceteña nativa ó del contorno?

Eng. Soy andaluza. De Lucena.

Correa Debí notártelo en los ojos que son dos velones. ¡Cómo me gustaría despabilarte!...

Eng. Pero señorito... (Retrocede y Correa la sigue hasta el centro de la escena.)

Correa Escucha, Engracia, elige... ó me abres tus brazos para que yo caiga en ellos, ó caes tú en los míos. (Abre los brazos.)

Eng. ¡El dulcísimo nombre de Jesús! ¿Pero sabe el señor lo que dice?

Correa ¡Que si lo sé! Como que desde que apareciste por aquella puerta, se me abrían los brazos sin querer y me decía á mí mismo: «Dios mío, que caiga Engracia».

Eng. Pero señorito, ¿cómo iba yo á figurarme que el canario?...

Correa El canario que está trinando porque le des en tus brazos la escarola. (La persigue queriendo abrazarla.)

Eng. (Incomodada.) ¡Que no, señorito... que se esté usté quieto!...

Correa (Logrando abrazarla.) ¡Toma!...

Eng. ¡Que grito!...

Correa ¡Qué grato!...

ESCENA XII

DICHOS y CASILDA por primera derecha

Cas. (Al salir.) ¡Oh!...

Eng. ¡La señora!...

Correa ¡Mi mujer!... ¡Catastrófico!...

Cas. (A Engracia.) Vaya usted á recoger su ropa, que ahora le daré la cuenta.

Eng. ¡Señora, que yo... que ha sido á la fuerza... que lo que menos me esperaba...

Cas. Basta. Vaya usted he dicho.

(Vase Engracia llorando por la primera derecha. Quedan solos Casilda y Correa. Hay una pausa. Casilda permanece fría y severa. Correa la mira varias veces, intenta hablar y no se atreve. Por fin dice:)

Correa ¿Lo ves?... es una cosa mecánica... completamente mecánica... te empeñas en colocarle á uno en el alero... y claro... sobreviene el vértigo... mecánicamente, y ya has visto las consecuencias...

Cas. No tienes enmienda. Así que acabe mañana la ceremonia, saldrás de esta casa para no volver jamás. ¿Lo entiendes?

Correa (Enérgico.) ¡Pues no señor! ¡No saldré! Porque si tú eres aquí la dueña, yo soy tu esposo.

Cas. ¡Hilario!... no profanes ese nombre...

Correa Tu esposo, sí, señor. Tu esposo consorte. El que debe compartir contigo las ternuras del hogar.

Cas. ¿Conmigo, ó con las criadas?

Correa ¡Pero Casilda, si es que ni que las buscases con farol! ¿Pero dónde encuentras esos bibelots domésticos?

Cas. ¿Y todavía tienes el cinismo?... Hilario; te lo repito. Mañana saldrás de aquí. (Hace mutis por primera derecha.)

Correa Pero mujer, repara que... (Vase tras ella.)

ESCENA XIII

GERARDO por el foro derecha. Después CORREA por donde entró. Más tarde CASILDA

Ger. (Entrando.) ¡Ea, ya todo arreglado! Mañana á las once. (Imitando el acto de la boda.) ¿Queréis por esposa á la señorita Paula, etc., etc.? Sí quiero. ¿Queréis por esposo á don Gerardo Pérez...? Sí quiero. La bendición, y no va más, que dicen los jugadores. ¡Si Flora supiese!... ella que desde el rincón de su misterio me creerá en Madrid divirtiéndome con el sinvergüenza de Correa... ¡Correa! .. ¿á quién estará dando sablazos á estas horas?... Lo de Flora me entristece un poco... pero lo de Correa me vuelve loco de alegría. ¡Gracias á Dios que le he perdido de vista para siempre... para siempre!

Correa (sSaliendo.) ¡Nada, que no hay manera de convencerla! .. (Viendo á Gerardo.) ¡Cuerno!...

Ger. (En el colmo del asombro.) ¡Oh!...

Correa ¡Gerardo!...

Ger. ¡Correa!...

Correa ¿Pero qué es esto?...

Ger. ¡Horrible .. horrible!... ¿De modo que me escapo de Madrid, oculto cuidadosamente el sitio de mi retirada, despisto todas las pesquisas y este animal da conmigo!... ¡Es para suicidarse!...

Correa ¡Gerardo, poco á poco!...

Ger. ¡Claro!... tú habrás dicho, allí me acogerá con los brazos abiertos, me presentará á los suyos, y volveré á ser el pulpo que lo sujete entre sus tentáculos... ¡Pues te has equivocado, Correa... te has equivocado!

Correa El que se ha equivocado eres tú, Gerardito. ¿Pero, dime?... ¿Es que te han convidado?...

Ger. ¿Será cínico?.. Vete, vete, ó no respondo de mí... mira que llamo y hago que te echen de aquí á puntapiés...

Correa ¡Eh!... poquitas voces... como sigas así, el que hará que te echen á puntapiés es un

servidor. Y no llamo á la criada por si viene otra más guapa y me da el vértigo.

Cas. (Saliendo.) ¿Pero qué voces son esas?

Ger. Señora, antes de entrar en explicaciones, ¿usted ve á este individuo que se ha colado aquí no sé de qué manera? Bueno, pues conste que yo no le conozco, ni sé quién es, y que si al venir aquí ha tomado mi nombre, se trata ce un abuso que yo no autorizo.

Cas. ¡Pero si es su futuro padre político!...

Ger.
Correa } ¿Eh?

Ger. ¡¡Mi suegro!!

Correa ¡¡Mi yerno!! (Aparte.) ¡Catastrófico!...

Cas. Llegó mientras usted estaba en la iglesia, y yo esperaba su regreso para hacer la presentación (Presentando.) Don Hilario del Moral, mi esposo; don Gerardo Pérez del Pulgar que será mañana marido de nuestra hija.

Ger. (Dándole la mano.) Señor mío...

Correa (Idem.) Un verdadero placer....

Ger. (Aparte.) ¡Correa mi suegro!... Haber hecho todo lo humano y lo divino para escapar de sus garras, y verme ahora convertido en su yerno...

Correa (A Casilda.) ¡Me gusta el muchacho, me gusta! Buen tipo...

ESCENA XIV

DICHOS, DOÑA ESCOLÁSTICA, VALENTINA, SEBASTIAN y PAULA, por primera derecha

Seb. Bueno, ¿pero es que nos vais á matar de hambre?

Cas. Estaba presentando mi marido á Gerardo.

Seb. ¡Caramba, el canario!... (Le estrecha la mano.)

Paula (Abrazando á Correa.) ¡Papá de mi alma!... ¡no sabes lo feliz que voy á ser!

Seb. (A Correa; en voz alta) Le encuentro á usted muy estropeado.. muy chupado.. con ojeras. ¡Lo que ha debido usted correrla por allá!...

Correa No, lo que es por allá...

Paula (A Correa.) ¿Qué te parece, Gerardo?

Correa Muy buen, chico, chica... y ya verás cómo pinta...

Paula ¿Pero cómo, tú sabes?...

Correa No, yo no sé, pero el aspecto es de buen pintor... hay nervio... hay línea... (Aparte.) ¡Ay, qué situación!...

Esc. ¿Pero cómo tardará tanto Robustiana?

Correa (Aparte.) ¿Robustiana?... pues es verdad... ya no recordaba que es Flora... ¡Dios mío!...

Seb. ¡Pero esa comida!...

Correa (Aparte.) ¡Ca, si no comemos!...

Ger. ¿Vino por fin la señorita Robustiana?

Paula Sí. Y comerá con nosotros.

Val. Pues si os parece vamos á ir sentándonos, porque este hombre... (Por su marido.)

Esc. Sí, vamos.,. mi sobrina llegará de un momento á otro.

Correa (Acercándose á Gerardo, Aparte.) ¿Estás malo?.. Te noto algo pálido...

Ger. Qué sé yo .. la sorpresa...

Correa ¡Ca, hombre, para sorpresa la que dentro de poco...

Paula (Acercándose á ellos y separándolos.) Bueno, ahora dejen ustedes la conversación. Después de comer podrán charlar todo lo que quieran. Vamos al comedor. Tú, papá, dale el brazo á tía Valentina.

Cas. (Interponiéndose.) No, mejor es que lleve á doña Escolástica. (Aparte.) Es capaz de pellizcar á Valentina y damos un espectáculo.

Esc. Con mucho gusto.

Correa (Cogiéndola del brazo y aparte.) ¡Claro, para un canario un loro! Por supuesto, que no habrá sido fea esta señora, no.

Paula (A su madre) Tú entonces con tu hermana. Yo con tío Sebastián.

Ger. ¿Y yo? .. ¿Voy sólo?...

Paula No, tú no te podrás quejar. Te reservo lo mejorcito. La muchacha más encantadora y buena de la reunión, y que precisamente aquí llega. (Aparece Flora por el foro.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS y FLORA

Paula	(Presentando.) La señorita Robustiana Soto.
Ger.	(Aterrado.) ¡Jesús!..
Paula	Mi prometido.
Flora	¿Su?... (Cae desmayada en los brazos de Paula.)
Correa	¡El Diluvio!,..
Cas.	¡Dios mío... que se ha puesto mala!...
Esc.	(Acudiendo.) Robustianr... ¡hija mía!...
Cas.	¡Agua!... llamar á una criada...
Correa	Yo iré á llamarla... (Va á hacerlo.)
Cas.	¡No!... ¡tú no!... (Sugetándolo.)
Paula	¡Aire! .. ¡háganla aire! ..
Correa	(A Gerardo.) ¡Catastrófico, chico!...
Ger.	(Aparte á Correa.) ¡Qué final! ..
Correa	¿Final, eh?... ahora... ahora es cuando empieza esto. (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior

ESCENA PRIMERA

LORENZA y CORREA

Lorenza es una criada bastante fea, pero con buen cuerpo y de buenas carnes

Correa (Saliendo por la segunda izquierda del actor y como si hablase con alguien) Sí, sí, hace muy bien en dejar la cama... el aire, el ejercicio... la cama come mucho... (Lorenza sale de la primera izquierda del actor con un paño en la mano.) ¿Eh, qué hacías tú ahí en el despacho?

Lor. Que la señora me mandó á que limpiase la *panopla* esa, ó como se diga...

Correa Panoplia.

Lor. Por cierto que ese cuchillo largo, largo, que *paece* un sable de caballería, me ha *costao* un trabajo dejarle reluciente...

Correa Ese cuchillo largo, como tú le llamas, es una joya antigua de gran mérito. Todas esas armas pertenecieron á un tatarabuelo de la señora.

Lor. ¿Y esos trabucos chiquitines también?

Correa ¿Trabucos?... ah, sí, son pistolas de arzón... ¿de manera que tú eres la criada que entró ayer tarde?

Lor. Pa servir á usté, señorito.

Correa Oye, oye, ¿y esa gordura es naturaleza pródiga ó fofez?

Lor. No sé qué *quié* decir el señorito.

Correa Que si ese mazacotismo es permanente, porque hay gente que engaña, ¿sabes?

Lor. Yo no engaño á *naide*, señorito.

Correa Menos mal, esta es la ley de las compensaciones. Ya que de cara no eres ninguna Merode, justo es que de cuerpo... porque la cintura esa no está mal... (Enlazando su cintura.) ¡Qué ha de estar mal!

Lor. ¡Eh, señorito, estese quieto!

Correa Pero, mujer, si es para comprobar... ¿tú crees que yo tengo algún interés?...

Lor. Ya me lo supongo, pero...

Correa Yo te abrazo como podría abrazarte un hermano tuyo, un padre tuyo... y si no, fíjate, ¿á que te abrazaba así tu padre? (La abraza.)

Lor. No apretaba tanto.

ESCENA II

DICHOS, CASILDA por primera derecha

Las. (Al verlos.) ¿Eh?

Cor. ¡La señora!

Correa ¡El guarda!

Cas. Lorenza.

Lor. Señora...

Cas. Vaya á su cuarto y recoja la ropa, que yo iré en seguida á ajustarle la cuenta.

Lor. Pero si era el señor que decía que si mi padre...

Correa Sí, mujer, era un encargo que me había dado su padre.

Cas. Basta. Retírese usted. (Lorenza hace mutis sollozando por la primera derecha.) Caballero, lamento en el alma que la indisposición de Robustiana haya retardado por veinticuatro horas el casamiento de nuestra hija, porque cada minuto que permanece usted en esta casa, es una nueva injuria para mí y una nueva criada que tomar.

Correa Pero, mujer, si es que...

Cas. ¿Qué?... Ahora no tiene usted la disculpa de la belleza y del alero, porque me parece que más fea que esa desgraciada...

Correa De cara.. de cara nada más... tú te has preocupado exclusivamente del rostro, pero has olvidado los alrededores... y no me negarás que ésta los tiene para darse un paseo...

Cas. ¡Calle usted!.. me avergüenza oirle.

Correa Además, Casilda, tú me juzgas como un criminal y yo soy un enfermo.

Cas. ¡Un enfermo!

Correa Sí, hija, sí; esto que á ti te parece una infidelidad, realmente es morboso. Yo abrazo ya mecánicamente... automáticamente...

Cas. Pues bien, cuando se cure ó se mejore, podrá usted tener esperanzas de que este techo le cobije. (Hace mutis por la primera derecha.)

ESCENA III

DICHOS. Después GERARDO. Después ESCOLÁSTICA

Correa ¿Cuando me cure?... Lo malo es que me parece a mí que esto se me ha hecho crónico.

Ger. (Saliendo por segunda izquierda.) Me alegro encontrarte, Correa. ¿Y esa?

Correa Está mejor. Creo que se va á levantar ó que se está levantando.

Ger. ¡Demonio!... ¿y no sabes qué actitud va á tomar? ¿qué piensa hacer?

Correa Chico, como su tía no se ha apartado ni un momento de la cabecera de la cama, ni mi mujer tampoco, pues.. no he podido.. Debimos haber dejado que se la llevasen á su casa, y allí era más fácil...

Ger. Sí, pero doña Casilda se opuso y... ¿será capaz... será capaz esa loca?...

Correa (Mirando por segunda izquierda.) Aquí viene la tía.

Esc. (Saliendo por segunda izquierda.) Santos y buenos.

Correa Mi buena amiga doña Escolástica... ¡á mis brazos, caramba!... (La abraza.)

Esc. ¡Qué bueno y qué afectivo es este don Hilario! Nos conocemos hace veinticuatro horas y ya me ha abrazado veinticuatro veces.

Correa Yo soy así. Tomándole ley á una persona...

Ger. ¿Y qué tal, qué tal Flo... digo Robustiana?

Esc. A Dios gracias, completamente restablecida... ahora se ha quedado la pobre un poco dormidita, pero en cuanto despierte, saldrá á dar un paseo por el jardin. ¿No habrá peligro, verdad?

Ger. ¡Pst!.. ¡qué sé yo!

Correa Yo creo que el peligro grande empieza ahora, cuando salga...

Esc. ¡Por Dios, no me asusten ustedes! Cuando pienso en la tarde y la noche que ha llevado la infeliz... ¡Cómo deliraba!... ¡y qué cosas más raras y más sin fundamento decía!...

Correa ¡Figúrese usted... cuando se delira!...

Esc. Toda la noche la ha pasado gritando: «Me las va á pagar ese pinta monas»... «Ese canalla de Correa»... «Engañarme á mí»... «¡Una droguería!»... «Litro y medio de vitriolo»... «Los dos desfigurados»... y así una hora y otra.

Correa ¡Caray, qué delirio más incoherente... más deslabazado, ¿verdad? Lo malo es que ahora recuerde lo de anoche... ¡y el delirio!... el delirio que se agrava...

Esc. Yo creo que en cuanto respire un poco de aire puro volverá á ser la Robustiana de siempre .. alegre, sumisa...

Ger. Dios lo quiera. porque...

Esc. Bueno, voy allá adentro á ver á Paulita y doña Casilda Hasta luego.

Correa Sí, vaya, vaya. (*Vase Escolástica por primera derecha.*) Vaya un conflicto, ¿eh?

Ger. ¡Horrible, Correa, horrible!... porque si se despierta.. si sale... si habla y Paula se entera .. el escándalo... el vitriolo...

Correa ¡Litro y medio!

Ger. ¿Y cómo cortarlo?

Correa Hombre, yo creo que comprando todo el vitriolo que hay en Albacete...

Ger. ¡Correa, no gastes bromas que no está el tiempo! ..

Correa No chilles, que la vas á despertar...

Ger. Tienes razón. Hay que aprovechar estos momentos en que descansa para combinar

un plan... algo... ¿tú me ayudarás, verdad Correa?

Correa Hombre... feo está que yo ayude á un presunto yerno á engañar á mi hija, pero precisamente por ella... por su felicidad... porque se que te quiere... y además, porque en eso del vitriolo soy también copartícipe.

Ger. (Estrechando sus manos.) ¡Gracias, Correa!

ESCENA IV

DICHOS, DON LEANDRO, DOÑA DESEADA por el foro. Tipos provincianos

Doña Deseada trae una caja de cartón en la mano

Lean. Buenos días.

Correa Muy buenos.

Ger. (Aparte á Correa.) ¿Qué querrán éstos?

Correa Ustedes dirán.

Lean. Deseábamos ver á los dueños de la casa, que son amigos nuestros, y con motivo de la boda...

Correa Pues en ese caso... están ustedes hablando con el dueño.

Lean. ¿Cómo? ¿Usted es el esposo de doña Casilda?

Correa El mismo que viste y calza.

Lean. ¿El canario?

Correa Justo, el canario

Lean. (Acercando la boca al oído de Deseada, que es sorda y hablando á gritos estentóreos.) ¡Oye, Deseada!

Ger. (Aparte á Correa.) ¡María Santísima!... va á despertar á la otra.

Lean. (Siempre á gritos.) ¡El señor es el esposo de doña Casilda!... ¡el canario!...

Ger. (Aparte.) ¡Qué barbaridad!

Correa (Aparte.) Con otro canario así, estamos perdidos.

Des. Pues, mucho gusto en conocerle.

Correa El gusto es mío.

Lean. (A su mujer á grandes voces.) ¡Dice que el gusto es suyo!

Ger. (Aparte á Correa.) ¡Por Dios, Correa, que la despierta!. . llévatelos... échalos.

Correea (Empujándoles hacia la segunda derecha.) Si quieren ustedes pasar...

Lean. (Que se le escabulle.) No, si no tenemos prisa, hemos venido precisamente con mucho tiempo... la invitación dice á las once.

Correa Ah, ¿pero ustedes no saben que se ha suspendido la ceremonia?

Lean. ¿Cómo?

Correa Sí, señor. Hasta mañana á la misma hora. Un pequeño incidente. Nada.

Lean. (A su mujer á voces.) ¡Que se ha suspendido la ceremonia!

Des. ¿Suspendida?

Lean. (A voces.) ¡Hasta mañana!

Correa (Dándole la mano y empujándole hacia el foro.) Hasta mañana... que usted siga bien.

Lean. No, si es que le digo á mi mujer que hasta mañana no es la boda.

Ger. (Aparte á Correa.) ¡Correa, por todos los santos!...

Correa (Aparte á Gerardo.) Chico, yo no sé qué hacer.,.

Lean. ¿De modo que la suspensión no ha sido por nada importante?

Correa No, nada... minucias... una pequeña formalidad...

Lean. Pues entonces vamos á dejarle á doña Casilda el modesto recuerdo que le traíamos á los nuevos esposos.

Correa Sí, sí, pasen ustedes por aquí.

Lean. No, es que antes quiero que lo vean ustedes.

Ger. ¿Para qué? ¿para qué se va usted á molestar?

Lean. Que tengo yo mucho gusto, ¡ea!... (A su mujer á voces.) ¡Saca eso! (Deseada va hacia un velador que habrá cerca de la segunda izquierda coloca sobre él la cajita, y á su tiempo saca un reloj). No es ninguna cosa del otro mundo, pero es práctico .. y muy necesario en una casa... (Tomando el reloj.) ¿Eh? ¿Qué le parece á ustedes?

Correa ¡Ah, un reloj precioso!

Ger. De mucho gusto.

Lean. No, de mucho gusto no, pero fuerte... y sobre todo que tiene un despertador magnífico... verán utedes qué campana tan penetrante. (Toca un resorte y se empieza á oir el timbre

del despertador que debe ser muy fuerte y de duración suficiente para los efectos cómicos que siguen.)

Ger. (Aparte.) ¡Jesucristo!... ¡Ahora sí que no hay salvación!...

Lean. (Con orgullo.) ¿Eh?

Ger. ¡Basta, basta... colosal!

Lean. Qué campana, ¿eh?

Correa ¿Cómo campana?... ¡eso es Campanone!

Lean. Un sonido brillante...

Ger. Sí, pero párele usted ..

Lean. No, si ya no se puede parar hasta que se le acabe la cuerda.

Ger. ¡Atiza!

Correa ¡Vaya!... ¡el todo por el todo! (Se precipita sobre el despertador que seguirá sonando, lo coge y sale corriendo por el foro se le verá pasar por la reja y poco á poco se irá alejando y disminuyendo el sonido hasta perderse por completo.)

ESCENA V

DICHOS, menos CORREA

Lean. (Asombrado.) ¿Eh?... ¿pero qué hace ese hombre?...

Ger. No, nada... que habrá ido á enseñárselo á su hija... á sus amigos. . como le ha gustado tanto... el entusiasmo natural...

Lean. (A su mujer á gritos) ¡Ha ido á enseñarlo porque le ha gustado mucho! .

Ger. (Aparte.) ¡Hoy me da á mí el tifus!

Lean. (A Gerardo.) Que campana, ¿verdad?

Ger. Horrible .. digo grandiosa .. yo he oído campanas, pero no sé donde habrá otra igual.

Lean. Despierta á un difunto.

Ger. Sí, sí, señor; pero pasen ustedes á saludar á la familia... tendrán mucho gusto...

Lean. ¿Sin esperar al canario?

Ger. No, cuando vuelva yo le haré entrar. Ustedes no le conocen; es capaz de correr todo Albacete con el relojito

Lean. Ha hecho un gran efecto, ¿verdad?

Ger. Usted no tiene idea del efecto que ha hecho, pero pasen... pasen...

Lean. Con su permiso. (A Deseada gritando.) ¡Ha hecho un efecto colosal! (Vanse por primera derecha.)

ESCENA VI

GERARDO. En seguida CORREA por el foro agitadísimo

Ger. Si se están dos minutos más, ó le doy un puñetazo ó me da una apoplegía.
(Empieza á oirse lejano el timbre del despertador que se va acercando. Aparece Correa por la ventana y desde ella dice:)

Correa ¡Que esto no hay quien lo pare!... ¿qué hago? (Para el timbre.) ¡Ay, gracias á Dios!... (Entra y deja el despertador sobre la mesa.) Si tiene dos minutos más de cuerda me da una apoplegía. ¡Chico, ya no podía más! Salí á la calle disparado y la gente creyendo que era una bicicleta se apartaba... pero cuando se dieron cuenta tú no sabes la de chiquillos que me han seguido... Un guardia quiso detenerme, y gracias á que vió en mí á una persona seria... á un hombre de carrera... ¡Qué campana!...

Ger. Para una estación ferroviaria. Bueno, ¿y qué hacemos?...

Correa Chico, la verdad... á mí no se me ocurre nada.

Ger. Es necesario hablar á Flora... convencerla, y para eso nadie mejor que tú.

Correa Está bien; puesto que aún no ha pasado por la droguería, la hablaré, trataré de persuadirla... es más, veré si puedo conseguir que se vaya.

Ger. Si lo consiguieras te debería mi felicidad.

Correa No digas majaderías; ¡si sabes que siempre me he sacrificado por tí!

Ger. Oye, si te pregunta por mí ó quiere verme, dila que estoy enfermo... ó que he tenido que marcharme...

Correa (Escuchando en segunda izquierda.) Oigo ruido... puede que sea ella... vete.

Ger. Y no dejes de comunicarme el resultado. (Vase por segunda derecha.)

Correa Descuida.

ESCENA VII

CORREA y FLORA por segunda izquierda

Correa (Viéndola salir.) ¿A dónde va usted, señorita Robustiana?

Flora A abofetear á un miserable que me ha engañado.

Correa Ese miserable es mi futuro hijo político.

Flora Os vais á reunir tal para cual.

Correa Vamos, querida Flora, razonemos.

Flora No, yo no quiero razones. Yo quiero gritar delante de todo el mundo: ¡Ese hombre que ven ustedes me tiene ofrecida su palabra de casamiento, fuí su primer cariño... me ha jurado mil veces que me amaría toda su vida... es un bandido!

Correa Y nadie te creería. Supondrían de seguro que estabas delirando. ¿Cómo iban á aceptar la idea de que la virtuosa señorita Robustiana?...

Flora ¡Correa!... ¡no me abrases la sangre! Si no me creen, yo lo demostraré palpablemente... tengo pruebas... ¡Con tal de vengarme, todo, todo!.. ¡Hasta que mi tía me desherede!

Correa Pues eso es una locura, echar á tierra una reputación... perder una herencia fabulosa... ¡y todo por un hombre!... por un hombre que sólo guarda de tí un recuerdo agradable, y que aun admitiendo que lograses suspender su boda, que volviese de nuevo á tí... ¿ibas á resucitar con eso su cariño ya muerto? No. Lo tendrías á la fuerza y el día menos pensado volvería á huir de tus brazos. (Aparte.) ¡No estoy mal en la predicación!

Flora Sí; tus razonamientos no son torpes, pero es que sentir es una cosa y razonar otra muy diferente. ¡Como á tí no te ha ofendido!

Correa ¿A mí?... ¡A mí me ha hecho más!... A mí me ha echado á patadas de su casa, me ha dicho que me odia, me ha recriminado mi vida alegre y frívola... que era la suya después de todo.

Flora Y sin embargo, le prestas tu consentimiento para que se case con tu hija... conociendo su vida pasada.

Correa Te diré. Eso es una garantía. Los hombres son como las setas, conviene que las prueben otros antes de comerlas. Conque Flora, ó Robustiana... cualquiera que te sientas en este momento, reflexiona... piensa bien...

Flora ¡No me hables, Correa, no me hables.. déjame que haga lo que quiera... estoy nerviosa... excitadísima... por un lado comprendo que ese hombre no merece más que mi desprecio... pero por otro... no sé, no sé!... (Va hacia el foro.)

Correa ¿Adónde vas?

Flora A que me dé el aire... á decidir lo que debo hacer... pero sola, completamente sola.

Correa Bien, sea. Pero prómeteme una cosa.

Flora ¿Cuál?

Correa Que sea cual fuere tu decisión me la comunicarás antes de ponerla en práctica.

Flora ¿Y si no te lo prometo?...

Correa Me convierto en tu sombra, no te dejo por nada ni por nadie...

Flora Basta. Te lo diré.

Correa Y medítalo bien, Flora.

Flora ¡Dejame en paz! (Hace mutis por el foro derecha.)

Correa Algo es algo. El primer impulso lo he atenuado. Quiera Dios que el aire del jardín calme un poco esos nervios, porque sino... en fin, le iré adelantando á Gerardo el resultado de esta primera entrevista. (Vase por segunda derecha.)

ESCENA VIII

FABIO por el foro izquierda. Después CASILDA y LORENZA primera derecha

Fabio (Desde el foro.) ¡Qué raro!... O á mí me debe continuar el delirio, ó esa joven que se pasea por el jardín es aquella Flora... amante ó novia ó lo que fuese de mi primo. ¡Vaya!... ¡Y tanto que es!... ¿Pero qué hará aquí en esta casa?... (Entra.) En esta nueva casa de mi

exnovia... acaso se hayan mudado para despistarme á mí... (Fijándose en las paredes donde debe haber un plato colgado entre otros adornos, que imite los objetos de Talavera.) ¡Hola, buen barro de Talavera.. y esta porcelana también tiene su mérito... si no viniese en la *tessitura* que vengo le proponía á doña Casilda que me vendiese ambas cosas.

Cas. (Entrando con Lorenza que lleva un lío de ropa.) Vaya usted con Dios y suerte.

Lor. Que usted lo pase bien, señora. Y que le *coste* á usté que...

Cas. Basta de excusas. (Lorenza llora.) No llore usted, mujer.

Lor. Es que yo cuando le tomo cariño á una casa...

Cas. ¡Pero si entró usted ayer tarde!...

Lor. No importa.

Cas. Vaya, adiós.

Lor. Adiós, señorita. (Vase por el foro.)

Cas. (A Fabio que está examinando los objetos indicados.) Caballero. (Fabio se vuelve.) ¿Eh?... ¿Usted aquí?...

Fabio Sí, señora, yo. Yo que vengo á hablar con el traidor de mi primo.

Cas. Su primo de usted no querrá recibirle seguramente.

Fabio Peor para ustedes, porque yo no pienso marcharme de aquí sin que me reciba. (Se sienta.) Con su permiso. Supongo que iría á invitarme...

Cas. Usted sin duda olvida que está en una casa extraña.

Fabio Y usted sin duda ignora el epílogo que puso á su obra mi querido primo.

Cas. Ignoro á qué epílogo puede usted referirse.

Fabio Pues óigalo usted. Al ir á quejarme de su comportamiento, entre él y un amigote suyo, que ya me le echaré yo algún día á la cara, me tendieron un lazo, me encerraron en una habitación, y casi no le puedo explicar á usted lo que pasó. Dicen que al salir de mi encierro po rpoco extrangulo á un ser inocente de Clases Pasivas... Que quise matar á un guardia... En fin, lo que sí sé decirle á usted es que he estado quince días en la cama con un delirio terrible, que á los mé-

dicos les faltó poco para certificar mi locura... ¿entiende usted, señora? ¡mi locura!... creo que con esto se lo digo á usted todo... No... y todavía... todavía no estoy bueno... el golpe ha sido terrible... ¡canalla!...

Cas. Señor mío... ese lenguaje... yo le ruego á usted...

Fabio (Más excitado, levantándose y cortándole la palabra.) ¡Y lo inconcebble, lo que yo no comprendo es cómo dan ustedes beligerancia á un libertino como Gerardo que tiene la osadía de introducir aquí, en su propia casa, á la última de sus amantes

Cas. ¿Pero qué atrocidades está usted diciendo? Basta, hágame el favor. No es inventando infamias como usted puede congraciarse de nuevo con nosotros.

Fabio Ah, ¿infamias?... ¿que yo invento infamias? (La toma de la mano y la lleva á la reja.) ¿Usted conoce á aquella joven?... ¿á esa que está sentada en el banco?...

Cas. Claro que la conozco. Es una santa.

Fabio ¡Una santa! (Riendo sarcásticamente.) ¡Ja, ja, ja!... Una modelo, señora, una modelo de pintor.

Cas. ¿Eh?...

Fabio Una modelo. Flora, la amiga de su yerno.

Cas. ¿La señorita Robustiana?... (Aparte.) ¡Dios mío!... ¡Si tendrían razón los médicos al querer certificar su locura!...

Fabio (Paseando agitado.) En cambio, sea usted una persona decente, escrupulosa hasta en los más pequeños detalles, no pise usted jamás un teatro, no sepa usted lo que es un Salón Kursal, ignore usted hasta que existen cupletistas... para recibir este pago.

Cas. (Aparte.) No cabe duda... esa excitación... este hombre ha debido escaparse...

ESCENA IX

DICHOS, VALENTINA y SEBASTIÁN por primera derecha

Seb. ¡Pero Casilda, que te estamos esperando!...

Fabio (Paseando.) Me gustaría saber cómo se las habrá compuesto ese bribón, para introducir

aquí á esa mujer... ¿Quién habrá dicho que es?...

Val. (A Casilda.) Oye, ¿quién es ese señor que parece tan incomodado?

Cas. Pues... (A Fabio.) Con permiso. (A Valentina.) Un tal Fabio... el primer novio de Paulita.

Seb. Ah, ¿aquél tan aburrido de que nos hablaste?...

Cas. Sí. Quiere tener una entrevista con Gerardo... ha estado enfermo... él dice que medio loco, pero yo creo que está rematado. ¿Quién creerás que dice que es Robustiana?

Val. Vete á saber.

Cas. Pues una mujer de esas alegres... una modelo...

Val. ¡El Dulcísimo nombre de Jesús!...

Seb. ¡Qué barbaridad!...

Cas. Y además asegura que Gerardo la ha traído aquí porque es su amante.

Seb. ¡Pero que está para una camisa de fuerza!

Cas. A mí me da muchísimo miedo... Si pudiérais hábilmente indicarle que se fuera...

Seb. Ah, no tengas cuidado. Yo te le echo.

Val. (Alto.) Anda adentro, Casilda, que Paula te necesitaba.

Cas. Sí, sí. (A Fabio.) Con permiso de usted... voy un momento... hasta ahora...

Fabio Bueno, pero... (Casilda vase por primera derecha.)

Seb. (Poniéndose ante Fabio que va á seguirla.) Permítame... va á un asunto urgente. En su lugar quedo yo que soy su cuñado.

Fabio Muy señor mío. Pero es que yo necesito saber si me va á recibir ó no Gerardo.

Val. Usted no puede hacerse una idea de lo ocupadísimo que está Gerardo.

Seb. Figúrese usted, en vísperas de boda...

Fabio Hombre, ¿ustedes serían tan sinceros que me dijesen qué pretexto, qué disculpa ha inventado mi primo para traer á esta casa á esa señorita que está en el jardín?

Seb. (Mirando al jardín.) ¿A la señorita Robustiana?

Fabio ¡Qué Robustiana!... ¡Flora!

Val. (Mirando.) En el jardín no hay más que una persona.

Fabio Pues esa, Flora, la modelo de Gerardo.

Seb. (A Valentina.) ¡Pobre hombre!... ¡Está muy grave!

Val. (A Sebastián.) Debes insinuarle que nos sería muy grata su completa ausencia... pero con cuidado, no vaya á agredirnos.

Seb. ¿Para qué medias palabras ni temores pueriles? Ya conoces mi carácter. Franco como el oro. De todos modos, si ves que me echa mano, empiezas á gritar.

ESCENA X

DICHOS, CORREA por segunda derecha

Correa (Saliendo.) ¿Habrá decidido ya Flora? ..

Fabio ¿Pero cómo? ¿Está aquí también este sinvergüenza?...

Val.
Seb. } ¿Eh?...

Correa (Aparte.) ¡María Santísima!... ¡El primo!

Fabio (Avanzando á Correa.) ¡Ahora me pagas la encerrona!

Correa (Huyendo.) ¡Eh, eh!... Caballero...

Fabio ¡Toma! (Le da un puntapié.)

Correa ¡Señor mío!... Soy el dueño de esta casa. (Llevándose la mano á la parte dolorida y muy digno.) Y le prohibo á usted que vuelva á poner los piés aquí. Usted me ha confundido.

Fabio ¿Confundido?... ¿De modo que usted no es Correa, el amigote de mi primo, el que me tuvo encerrado en el gabinete?

Seb. No, señor, no hay tal Correa. Es don Hilario del Moral, comerciante canario, y esposo de doña Casilda.

Fabio ¿Qûe este hombre es el padre de Paulita?

Correa Este hombre, sí, señor.

Fabio ¿Si estaré yo loco?

Seb. Claro que está usted loco. Y lo que debe hacer es largarse, si no quiere que se avise á la autoridad y...

Fabio No, yo no estoy loco. Este tipo es Correa, y la otra es Flora. Hay que aclarar este enigma y para ello necesito ver á mi primo.

Correa (Que ha hecho signos de inteligencia á los otros.) Pues bien, yo mismo haré que se entreviste

con usted. Pase usted ahí á ese cuarto. (Indicando primera izquierda.)

Fabio ¿Otra encerrona?

Correa Si tiene usted duda, coja la llave y guárdesela.

Fabio Sí que lo hago. (Coge la llave y se la guarda.)

Correa Es un despacho de mis antepasados. En seguida entro con Gerardo. Aquí hemos de recibir á los invitados y usted comprende...

Fabio Está bien. Ahí les aguardo. (Entra.)

ESCENA XI

DICHOS menos FABIO

Seb. ¿Pero por qué no me ha dejado usted que le eche á la calle?

Correa Imposible. Daría un escándalo. Ya han visto ustedes que sin conocerme me ha agredido por la espalda, digámoslo así. Voy á poner en antecedentes á Gerardo, y entre los dos combinaremos el medio de que lo envíen á Madrid. Con su permiso. (Vase por segunda derecha.)

ESCENA XII

SEBASTIÁN, VALENTINA; en seguida CASILDA y PAULA. Después el JUEZ y SARA por el foro

Seb. Este Hilario es demasiado bueno y además imbécil. Yo hubiese avisado.

Val. Sí, pero si se le exaspera, acaso...

Cas. (Asomando por primera derecha.) ¿Qué? ¿Lograstéis que se fuera?...

Seb. ¡Quia! Está ahí en el despacho.

Paula (Que sale detrás de su madre.) Verán ustedes como yo...

Val. (Conteniéndola.) No intentes ni acercarte... está furioso. Confunde á todo el mundo... en fin, á tu padre le ha dado un puntapié en... en...

Seb. En donde los barcos llevan el timón... y también le confunde con otro...

Cas. Ah, ¿pero le ha pegado á Hilario?

Seb. Sí, hija, sí; á tu pobre marido que es un alma de Dios.

Paula Pues hay que tomar alguna determinación.

Val. Precisamente en este momento se están ocupando de ello tu padre y tu futuro.

Cas. ¿Gerardo sabe?...

Seb. Don Hilario se lo está contando, y buscarán un medio para que lo envíen á Madrid. Claro es que se valdrán de algún engaño, porque ese .. ese está más loco de lo que tú nos habías dicho, y además es de los que atizan.

Paula ¡Que miedo!

Cas. A mí me tiene con el alma en un hilo.

Val. Y á mí.

Juez (Entrando con Sara á quien da el brazo.) Mi buena amiga doña Casilda...

(Todos se sobresaltan, dan un ligero grito y se reponen al ver á los que entran.)

Cas. ¡Señor Juez... ¡tanto honor! (Saludando.) Amiga Sara... ¡cada día más guapa!

Sara ¡Por Dios, Casilda!

Cas. Nada, lo dicho. Pero siéntense ustedes. (Lo hacen todos. Durante lo que sigue Casilda, Paula, Valentina y Sebastián dando muestras de gran preocupación miran á cada momento hacia la primera izquierda sin atender casi á la conversación.) ¿Verdad que cada día está más guapísima? ¿Qué le da usted, picarón?

Sara (Riendo.) Celos. Es un turco.

Juez No hagan ustedes caso. (Viendo que todos miran á otro lado. Aparte.) Y no hacen mucho caso, no .. (Alto.) ¿De modo que se ha suspendido la ceremonia?.

Cas. Sí, pero la causa no tiene importancia. Robustiana que se sintió algo indispuesta, y como Paulita tiene decidido empeño en que asista á su boda, hubo que suspender... pero ya está levantada.

Sara Sí, me pareció verla por aquel lado del jardín.

Juez ¿Entonces mañana tendremos lectura de Epístola?

Paula Sí... eso... mañana...

Juez ¿Pero qué les pasa á ustedes?... les encuentro así... impacientes... nerviosos...

Cas. No, no señor; es que... la verdad... acabamos de tener una visita un poco desagradable...

Paula Un antiguo amigo...

Val. Que el pobre se ha vuelto loco...

Seb. Pero loco de los que atizan, ¿eh?

Juez (Algo alarmado.) ¡Caramba!... ¿y han podido ustedes echarle?...

Cas. No, está ahí dentro esperando á mi yerno, mientras se decide...

Juez Permítame usted. En un caso así no cabe otra decisión que llamar en seguida una pareja y...

ESCENA XIII

DICHOS y FABIO, con un yatagán desenvainado en la mano. Después FLORA, por el foro

Fabio (Saliendo.) ¡La pareja!... ¡Ya está aquí la pareja! (Todos los demás personajes dan un grito terrible y salen corriendo por la primera y segunda derecha, indistintamente, cerrando la puerta.) ¿Pero qué le ha pasado á esa gente?... Yo que venía á preguntarles si me venderían...

Flora (Por el foro.) Muy buenos. ¡Calla!... ¿usted si mal no recuerdo es el matemático... el primo de Gerardo?

Fabio Servidor. ¿Y usted, si yo no estoy loco, es aquella Flora que tuve el gusto de conocer en el estudio?

Flora Aquí no señor. Aquí soy Robustiana.

Fabio Bueno; pero eso será aquí... luego yo estoy cuerdo.

Flora ¿Y se puede saber que hace usted con ese chafarote en la mano?

Fabio Pues nada, que es un ejemplar rarísimo, igual á otro que poseo. Iba á proponer su venta, y al verme salir con él toda la gente que aquí había huyó gritando.

Flora (Riendo.) Le temen á usted, por lo visto.

Fabio Motivo hay para que me teman. (Deja el yatagan sobre el velador.)

Flora ¡La verdad es que lo que ha hecho con usted su primito!...

Fabio ¡Pues anda, que lo que ha hecho con usted!

Flora Lo de usted no tiene disculpa. Estar como

aquel que dice para echarse las bendiciones y de la noche á la mañana, ¡si te he visto no me acuerdo! Usted debía de matar á Gerardo y á su novia.

Fabio Eso, ¡y usted en coche!... usted que era el único amor de Gerardo, que probablemente lo sacrificó todo á su cariño, que tendría su palabra de casamiento, que ha sido una amante fiel—me he enterado—de la noche á la mañana, sin decirla siquiera «de verano» se casa con otra... usted debía degollar á Paulita y á Gerardo.

Flora Eso pensé, pero no merece ningún hombre que una mujer se pierda por él.

Fabio También lo pensé yo, pero no hay mujer que merezca que un hombre se pierda por ella.

Flora El hombre es el ser más indigno de la Creación.

Fabio La mujer es el escollo de la vida.

Flora Desde hoy para mí se acabaron los hombres.

Fabio Las mujeres para mí, humo... vapor de agua.

Flora ¡El canalla!...

Fabio ¡La coqueta!...

Flora Y eso me lo hace á mí... á mí, que aparte de todas las consideraciones morales, hice de mi vida un misterio por él, y sólo para él... que me he privado de su cariño largas temporadas engañando á mi tía, viviendo con ella, para poderle decir el día de mañana: toma bohemio, ahí tienes dos millones de pesetas, triunfa, derrocha, vamos á disfrutarlo alegremente... (Pausa: Fabio pone una cara expresiva.)

Fabio ¡Caray!... ¿dos millones?... ¿dice usted que dos millones?...

Flora Sí, toda la fortuna de mi tía que me dejará íntegra á su muerte, y que asciende á eso según su cuenta.

Fabio ¿Y cuenta... cuenta muchos años su tía de usted?

Flora Muchos. La infeliz tiene un pie aquí y otro allá.

Fabio ¡Caramba!... pues el día que los junte...

Flora — Seré millonaria. Por eso la he ocultado siempre mí verdadera vida, por eso aquí soy la señorita Robustiana, por eso le ruego á usted que no me llame Flora delante de nadie. (Pausa: Fabio se acerca á ella coquetamente.)

Fabio — Usted dispone de mí como de un paraguas, para eso y para todo, y no siento más que no ser por un momento Gerardo, ese primo que deja el encanto de una mujer como usted por la ñoñez de una cursi provinciana.

Flora — No, si ya aunque se arrepintiese, aunque se arrojara á mis pies, para mí Gerardo acabó. ¡Es mucha afrenta para perdonarla!

Fabio — Exactamente lo que yo haría con Paula, ¿qué casualidad, eh? Nos sucede lo mismo á los dos, vemos las cosas de igual manera y tomamos idéntica determinación.

Flora — Sí que es raro, sí.

Fabio — ¿No será que?... ¿usted no ha oido decir que venimos al mundo en forma de media naranja, y hasta que no encontramos la otra media no hay redondez? ¿Quién sabe si la media naranja de usted soy yo?

Flora — ¿Usted mi media naranja?... Usted no me sirve á mí ni para un refresco.

Fabio — ¿Por qué?

Flora — Porque yo tengo un carácter completamente opuesto al de usted. A mí la seriedad y las matemáticas me revientan de un modo atroz. Precisamente lo que me gustaba de Gerardo era su alegría, su vida bohemia, su esplendidez...

Fabio — Ah, ¿pero es que usted cree que yo?... ¡ea!... pues sépalo usted, y va de misterios... Yo no soy lo que parezco.

Flora — ¿Cómo?

Fabio — No, señora. Yo soy un hipócrita. Eso de A más B igual á C... ¡piscis! Mi seriedad, ¡Capricornio!.. y mi tacañería, ¡naranjas de Alora! ¡Yo soy el tío más gitano que desmiga libretas y más alegre que una carraca!

Flora — ¿Usted?... ¿usted que no ha querido ir con su novia al baile de la Zarzuela ni con Gerardo al Salón Madrid?...

Fabio — ¡Naturalmente!.. no quería ir porque en la Zarzuela le debo á un camarero cinco cenas

y en el Madrid le tenía ofrecida una lanzadera á la Ideal Torzales, y un juego de pieles á la Morenita.....asomar yo por esos sitios y armarse una escandalera ciclópea todo es uno.

Flora ¿Será posible?... ¿Y tantas matemáticas como sabe usted?

Fabio A la fuerza. Un hombre que como yo cobra al mes cincuenta duros y necesita doscientos, figúrese usted las matemáticas que tiene que saber para ir viviendo nada más.

Flora (Riendo.) ¡Es gracioso!

Fabio Regularmente gracioso. ¡Ay, si usted se decidiese y me aceptara como su media... vería usted!... Hincar el pico su excelente tía y salir nosotros para Londres á pasar el luto.

Flora ¿Y por qué pasar el luto en Londres?

Fabio Está indicado. Es la ciudad negra. Después á Roma, á evocar otros tiempos... ¡la Roma pagana!

Flora Bueno; pero la pagana ¿quién sería? ¿Roma ó yo?

Fabio Roma en el pasado, usted en el presente, después á París, de París...

Flora ¡Fantástico!... quién me iba á decir á mí que aquel señor tan severo que parecía un cuadro al óleo...

Fabio Iba á resultar un fresco, ¿verdad?... pues si usted quiere paladear las dulzuras de la vida, apóyese usted en este garfio, (Por su brazo.) que la ofrezco, y vámonos por el mundo á olvidar y á divertirnos.

Flora ¿Así, sin más ni más?... para que mañana se cansase usted de mí é hiciese lo que Gerardo...

Fabio Es que yo, además de darle el brazo le doy la mano.

Flora ¿De veras? ¿Se casaría usted conmigo?

Fabio ¿Pero no lo está usted leyendo en mis ojos? Fíjese en el fondo de la niña y verá á un cura haciendo así, (Acción de bendecir.) y al sacristán pidiéndonos la propina, y á usted dándosela, porque yo no llevo suelto.

Flora ¿Y eso cuándo sería?

Fabio Cuando usted quiera. Si puede ser mañana mejor que pasado.

Flora ¿Tanta prisa tiene usted?

Fabio Los segundos se me figuran décadas.

Flora Pues bien, hablaremos; pero no olvide usted que aquí soy la señorita Robustiana, una santa.

Fabio El orgullo de esta tierra: lo sé.

Flora Y en cuanto á ellos...

Fabio Por muy felices que sean no llegarán á nosotros. Verá usted un matemático cambiado en un dos por tres.

Flora ¡Qué sorpresa van á llevarse! Lo mismo de usted que de mí esperan la guerra.

Fabio Y nos vamos á presentar con el ramo de oliva en el pico.

ESCENA XIV

DICHOS, GERARDO, PAULA, CASILDA, ESCOLÁSTICA, VALENTINA, SEBASTIÁN y CORREA, salen por segunda derecha

Ger. (Saliendo al frente de ellos.) Nada, nada, no tengan ustedes miedo. Si él está loco, yo estoy desde ayer que no se dónde tengo la cabeza... (Volviéndose y viendo á Fabio con Flora.) ¿Eh, pero cómo?...

Cas. ¡Sólo con Robustiana!...

Esc. ¡Con mi sobrina!... ¡un orate!...

Flora ¿Pero qué orate ni qué niño muerto? No tengan ustedes cuidado. El señor venía, es cierto, con objeto de vengarse, pero hemos estado hablando y le he convencido.

Cas. (Asombrada.) ¿Oyen ustedes?

Flora Un hombre como él tan serio, un hombre que sólo vive por la ciencia y para la ciencia, un sabio á quien la patria glorificará en su día, no puede descender á ciertos terrenos.

Fabio (Volviendo á su tipo primitivo, serio y grave.) Exacto. La señorita Robustiana me ha hablado de tal modo, me ha impresionado en tal forma, que no solamente desisto de pedirle explicaciones á mi primo, sino que deseo vivamente le haga muy feliz Paulita, y mañana les ofreceré un modesto regalo.

Esc. (Pasando á abrazar á Flora.) ¡Hija de mi alma!... ¡sólo ella es capaz de tales conversiones!

Fabio (A Flora.) ¿Es la tía de quién me ha hablado usted, verdad?

Esc. Servidora de usted.

Fabio (Estrechando su mano.) Dos millones... de gracias, señora. (Aparte.) Efectivamente, está para caer...

Ger. ¿De modo que?...

Flora Que no tengan ustedes miedo de ninguna clase, ¿me entiende usted bien, don Gerardo? de ninguna clase, y por mi parte celebraré también que sean ustedes muy felices, y siento que mi indisposición haya retrasado una boda que tanto deseo.

Cas. (A los demás.) Pues si nada hay que temer, decidle al señor Juez y á su señora que pueden salir.

Correa Yo mismo iré. (Vase por primera derecha.)

Fabio Un favor voy á pedir á usted, doña Casilda.

Cas. Si en mi mano está, téngalo por concedido.

Fabio Que me venda usted este yatagán. Tengo otro igual y la pareja sería de excelente efecto artístico en mi colección.

Paula Regálaselo, mamá.

Cas. ¿Sabes que era de un bisabuelo tuyo?

Paula No importa, que se lo lleve.

Cas. Bien, acéptelo usted en nombre de Paulita.

Fabio Un millón de gracias.

(En este momento se oyen dentro golpes, gritos de doña Sara, y por la segunda derecha sale Correa, y detrás de el el Juez dándole puntapiés y pescozones. Tras ellos Sara queriendo sujetarlos.)

Val.
Seb. } ¿Qué es esto?... ¿Qué pasa?...

Juez ¡Atrevido!. . ¡sinvergüenza!...

Correa (A Gerardo.) ¡Quítamelo, que se ciega!...

Ger. (Sujetando al Juez.) ¿Pero qué ha sido, señor Juez?

Juez Este miserable, (A Casilda.) y perdone usted, señora, el calificativo, que sin reparar en mi honorabilidad ha... no sé como decirlo...

Flora ¿Le ha faltado tal vez?

Juez Peor.

Cas. ¡Dios mío... ha atentado á la autoridad!...

Juez A la autoridad precisamente no, pero á la

señora de la autoridad lo ha intentado por lo menos.

Todos ¡Oh!

Correa No hagan ustedes caso, que el señor Juez padece un error judicial Lo que ha ocurrido es que... al volver el pasillo tropecé con la señora y ante el temor de que se cayese, me permití sujetarla... eso sí, bien sujeta, pero sin la más remota sombra de pecado...

Sara El señor tiene razón, y tú estás obcecado, ¡esos malditos celos!...

Juez Será como lo dices, pero cualquiera en mi caso hubiese sospechado otra cosa...

Flora (Aparte.) A este Correa no hay quien le meta en cintura. (Alto.) Vaya, olvidemos este asunto, y si les parece propongo que almorcemos todos en el campo.

Correa ¡Magnífica idea! En el campo hay más sol, más alegría... más libertad.

Cas. (Aparte á Correa.) ¡Es usted mi afrenta!... ¡Ni aun con mis amigas tiene usted consideración.

Correa (Aparte á Casilda.) ¡Y dale!... no quieres creer que lo mío es morboso... y luego... tienes unas amigas que... vamos... me pones en el alero...

Cas. Ya le diré á usted mañana dónde le voy á poner. En el tren. En tercera.

Ger. Señores, vamos á disponer todo lo necesario y al campo.

Seb. Eso. Una gira campestre será muy agradable... si no nos pica algún alacrán ó alguna víbora que pululan por estos contornos.

Val. ¿Pero te callarás?

Esc. Ustedes me dispensarán, pero yo apenas puedo andar y...

Fabio Usted viene la primera, y si no puede usted andar la llevo yo en brazos.

Esc. Gracias, gracias, ¡qué amabilidad!...

Fabio Lo dicho. La llevo en brazos. (Aparte.) Y la dejo caer.

Todos ¡Al campo, al campo!

(Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DE ANTONIO PASO

La candelada, zarzuela en un acto.
El señor Pérez, ídem íd.
El niño de Jerez, idem id.
El gran Visir, idem íd.
La casa de las comadres, ídem íd.
Los diablos rojos, idem íd.
Todo está muy malo, diálogo.
Las escopetas, zarzuela en un acto.
La zíngara, idem íd.
La marcha de Cádiz, idem íd.
El padre Benito, idem íd.
Sombras chinescas, revista lírica en un acto
Los cocineros, sainete lírico en un acto.
Los rancheros, zarzuela en un acto.
Historia natural, revista lírica en un acto.
El fin de Rocambole, zarzuela en un acto.
Las figuras de cera, ídem íd.
Alta mar, juguete cómico en un acto.
Churro Bragas, parodia de *Curro Vargas*
Concurso universal, revista lírica en un acto.
Los presupuestos de Villapierde, revista política en un acto
La alegría de la huerta, zarzuela en un acto.
El Missisipí, ídem íd.
La luna de miel, ídem íd.
Las venecianas, idem íd.
Los niños llorones, sainete lírico en un acto.
El bateo, ídem íd.
El respetable público, revista lírica en un acto.
La corría de toros, sainete lírico en un acto.
El solo de trompa, zarzuela en un acto.
El cabo López, ídem íd.
La virgen de la Luz, ídem íd.
El pelotón de los torpes, ídem id.
El pícaro mundo, ídem íd.
El trébol, ídem íd.
El aire, juguete cómico en un acto.
La torería, zarzuela en un acto.
Gloria pura, ídem íd.
La misa de doce, entremés írico.
¡Hule!, idem íd.
Frou-Frou, humorada lírica en un acto.
La mulata, zarzuela en tres actos.
La reina del couplet, ídem en un acto

El ilustre Recóchez, idem íd.
El aire, idem íd.
El rey del valor, idem íd.
El arte de ser bonita, humorada lírica en un acto.
La taza de té, caricatura japonesa en un acto.
Los mosqueteros, zarzuela en un acto.
La loba, idem íd.
La hostería del laurel, idem íd.
La marcha real, zarzuela en tres actos.
La alegre trompetería, humorada en un acto.
Tenorio feminista, parodia lírico-mujeriega.
El quinto pelao, zarzuela en tres actos.
Los ojos negros, idem en un acto.
Mayo florido, sainete lírico en un acto.
La república del amor, humorada lírica en un acto.
La tribu gitana, zarzuela en un acto.
El gran tacaño, comedia en tres actos.
Los hombres alegres, sainete lírico en un acto.
Los perros de presa, viaje en cuatro actos.
El paraíso, comedia en dos actos.
¡Mea culpa!, disgusto lírico original y en prosa.
Genio y figura, comedia en tres actos.
La partida de la porra, sainete lírico en un acto.
La mar salada, comedia en dos actos y en prosa.
La alegría de vivir, comedia en cuatro actos y en prosa.
Los viajes de Gulliver, zarzuela cómica en tres actos.
La divina providencia, juguete cómico en tres actos.
La gallina de los huevos de oro, comedia de magia en dos actos
El verbo amar, opereta en un acto, dividido en un prólogo y dos cuadros.
Baldomero Pachón, imitación cómico-lírico-satírica en dos actos.
Pasta flora, comedia en tres actos y en prosa, original.
El debut de la chica, monólogo en prosa.
El orgullo de Albacete, juguete cómico en tres actos.

OBRAS DE JOAQUIN ABATI

Monólogos

Causa criminal. (De actor).
La buena crianza ó tratado de urbanidad. (Id.)
Un hospital. (Id.) (3)
Las cien doncellas. (Id.)
La cocinera. (De actriz.) *
El Himeneo. (Id.) *
El Conde Sisebuto. (Id.) *
El debut de la chica. (Id.) (9)

Comedias en un acto

Entre Doctores.
Azucena.
Ciertos son los toros.
Condenado en costas. *
El otro Mundo. (1)
La conquista de Méjico.
Los litigantes.
La enredadera.
De la China. (3)
Aquilino Primero. (8) *
El intérprete. (3)
El aire. (9)

Comedias en dos actos

Doña Juanita. (2)
Los niños. (2)
Tortosa y Soler. (7) (R)
El 30 de Infantería. (10) (R)
El Paraíso. (9)
La mar salada. (9)
La gallina de los huevos de oro. (Magia.) (9)

Comedias en tres ó más actos

Tortosa y Soler. (7)
Los hijos artificiales. (7)
Fuente tónica. (8) *
Alsina y Ripoll. (6)
El 30 de Infantería. (10)
Los reyes del tocino. (Firmada con pseudónimo.) (3)
El gran tacaño. (9)
Los perros de presa. (9)
Genio y figura. (1), (5) y (9)
La alegría de vivir. (9)
La divina providencia. (9)
El Premio Nobel. (1)
El orgullo de Albacete. (9)

Zarzuelas en un acto

Los besugos. (3)
Los amarillos. (2)
El tesoro del estómago. (3)
Lucha de clases. (4)
Las Venecianas. (La música.) (5)
Tierra por medio. (4)
El Código penal. (6)
Tres estrellas. (3) *
El trébol. (9)
La taza de the. (9) y (11)

El aire. (9) (R)
La hostería del laurel. (9)
Mayo florido. (9)
Los hombres alegres. (9)
¡Mea culpa! (9)
La partida de la porra. (9)
El verbo amar. (9)
Los viajes de Gulliver. (9)
El sueño de un vals. (9)
La viuda alegre. (12) *
Baldomero Pachón. (9)

Zarzuelas y operetas en tres ó más actos

La Mulata. (3) y (9)
La Marcha Real. (9) *

Las obras marcadas con asterisco, ó no se han impreso, ó están agotadas.

Las marcadas con (R) son refundiciones.

---

(1) En colaboración con Don Carlos Arniches.
(2) Idem con Don Francisco Flores García
(3) Idem con Don Emilio Mario (hijo.)
(4) Idem con Don Sinesio Delgado.
(5) Idem con Don Enrique García Alvarez.
(6) Idem con Don Eusebio Sierra.
(7) Idem con Don Federico Reparaz.
(8) Idem con Don Emilio F. Vaamonde.
(9) Idem con Don Antonio Paso.
(10) Idem con Don Luis de Olive.
(11) Idem con Don Maximiliano Thous.
(12) Idem con Don Fiacro Yrayzoz.

Precio: DOS pesetas